

Volume 6, Number 2

Hipatia Press

www.hipatiapress.com



Articles

Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y Arca - Joan Sanfélix Albelda & Anastasia Téllez Infantes.....96

Who is a Real Man? The Gender of Trumpism– C.J Pascoe.....119

Masculinidad, Socialización y Justificación de la Violencia de Género. El Caso de la Región de la Araucanía (Chile) – Juan Carlos Peña Axt, Loreto Arias Lagos & Felipe Sáez Ardura.....142

Masculinities and Emotional Deficit: Linkages between Masculine Gender Pattern and Lack of Emotional Skills in Men who Mistreat Women in Intimacy – Ana Dolores Verdú Delgado & Carmen Mañas Viejo166

Some Men. Feminist Allies and the Movement to End Violence against Women– Tinka Schubert190

Reviews

Critical Perspectives on Masculinities and Relationalities–Jorge Manuel Dueñas Rada.....193

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y Arca

Joan Sanfélix Albelda & Anastasia Téllez Infantes¹

1) Universidad Miguel Hernández, Spain

Date of publication: June 21st, 2017

Edition period: June 2017 - October 2017

To cite this article: Sanfélix Albelda, J., & Téllez Infantes, A. (2017). Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y Arca. *Masculinities and Social Change*, 6(2),96-118.

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2017.1937>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y *Arca*

Joan Sanfélix Albelda

Anastasia Téllez Infantes

Universidad Miguel Hernández

Universidad Miguel Hernández

Resumen

Este artículo analiza desde una perspectiva socioantropológica las prácticas en la construcción de la identidad masculina de los hombres valencianos. A través del análisis de los discursos de las entrevistas biográficas y la observación sistemática de espacios productores de masculinidad, el texto trata de profundizar en las realidades recurrentes que ayudan a entender cómo construimos la masculinidad socioculturalmente durante la infancia y la adolescencia.

Palabras clave: Masculinidad, Fútbol, Riesgo, Arca, Ritual.



Logic Practices in the Process of Construction of Masculinity of Valencian Men: Street, Risk, Football and *Ark*

Joan Sanfélix Albelda

Anastasia Téllez Infantes

Universidad Miguel Hernández

Universidad Miguel Hernández

Abstract

This paper analyzes from a socio-anthropological perspective the practices in the construction of masculine identity of the Valencian men. Through discourse analysis from biographical interviews and systematic observation of masculinity spaces, this text explores recurring realities that help us understand how we build socioculturally the masculinity during childhood and adolescence.

Key words: Masculinity, Football, Risk, Arca, Ritual.



Este artículo se centra en las lógicas en la construcción de la identidad de género de los hombres valencianos a través del análisis discursivo y etnográfico de sus prácticas de masculinidad, pues se pretenden mostrar aquellas lógicas masculinas que permiten a los chicos a lo largo de la primera parte de su trayectoria vital convertirse en “hombres” a ojos de la sociedad y sobre todo de su grupo de iguales.

Como destaca el título, existen una serie de lo que se han denominado “lógicas prácticas” pero que son fundamentalmente espacios, locus, donde la masculinidad tradicional-hegemónica es reproducida. Estos lugares siempre son públicos, más allá de los muros del hogar, es decir, lo que metafóricamente llamamos calle, pero que representa al conjunto del espacio público, el espacio de la visibilidad y de la exhibición, de la lucha y apropiación de los recursos materiales y simbólicos. Además, estos lugares, y sus correspondientes prácticas acostumbran a estar caracterizados por el riesgo, elemento constante en la perpetua exigencia de demostración de una virilidad continuamente puesta en duda y nunca alcanzada definitivamente.

A través de un recorrido por los discursos y las prácticas de los hombres valencianos, se presentan una serie de realidades que con frecuencia están tan asumidas que pasan desapercibidas. Forman parte de ese orden normal de las cosas, paradoja de la doxa (Bourdieu, 2007, p.11) imperceptible a veces para la consciencia en tanto que es práctica social normalizada y hecha cuerpo.

A partir del trabajo de campo cualitativo-etnográfico desarrollado se propone un análisis que plantea las significaciones socioantropológicas de estas lógicas tan presentes todavía en nuestras sociedades y garantes de la reproducción de una masculinidad, que, paradójicamente podría estar en proceso de obsolescencia (Subirats, 2013).

La Calle es de los Chicos

Cuando a los hombres se les cuestiona sobre sus recuerdos de infancia y adolescencia, especialmente a aquéllos mayores de sesenta años, la mayor parte de éstos se presentan borrosos en sus palabras. Sin embargo, a través de las entrevistas biográficas¹ se pueden conseguir en muchas ocasiones una mayor profundización en aspectos que resultan particularmente interesantes, como pueden ser los espacios y las prácticas que determinan

durante esas edades tempranas el proceso de construcción sociocultural de la masculinidad.

Si algo queda claro en los discursos de los entrevistados y podría casi funcionar como un tipo ideal del hombre valenciano² de las últimas décadas es que en esos primeros años de vida éste se rodea de otros iguales en la calle y desarrolla actividades vinculadas con la fuerza, la competitividad, la destreza, la independencia y la voluntad de asumir riesgo fundamentalmente.

Uno de los hombres participantes en la investigación habla del concepto valenciano de “Fer arca”, lo que se denominará para el análisis “arca”³ y que queda perfectamente descrito en las palabras que se leen a continuación retratando una práctica de masculinidad muy sugerente por su significación:

Pero en el pueblo hacíamos “arca”. ¿Sabes lo que es hacer “arca”? Hacíamos “arca” unos barrios contra los otros [...] Y era ¡pues eso! entre barrios [...] Hacer “arca” concretamente era tirarse piedras unos a los otros, la expresión “hacer arca” era tirarse piedras [...] ¡Yo qué sé!, pues todo lo que te puedes imaginar de un niño para hacerle daño a otro. [...] Eran peleas entre grupitos de chicos, de niños. Las niñas no venían. Eran niños de diferentes barrios de aquí del pueblo [...] Además, era eso, de que por ejemplo tú peleabas, cuando dos cuadrillas estaban enfrentadas una cuadrilla no podía entrar en el territorio de la otra y entonces tú hacías como una aduana en la calle principal para entrar al barrio, tú hacías allí como una aduana, hacías de guardia, esperando a que viniera uno del barrio contrario a decirle “¡Tú! ¡Para! ¿Dónde vas?”. Hacíamos de policías. [...] Había días que fueron a abrirle con una pedrada a uno la cabeza, cejas partidas, narices chorrande sangre, había días que se encarnizaban [...] Mi cuadrilla era de los duros del pueblo [...] y ahí donde está que pasa el barranco, ¡hacíamos unas batallas!, pero tremendas no, ¡tremendas!, quiero decir de..., lo que pasa que esto después al grupo lo cohesionaba mucho, al grupo lo cohesionaba mucho, ¿sabes? porque tú peleas contra el otro, ganes o pierdas después vuelves, ¿no?, te rehaces, te curas las heridas [...] crea afinidades, que después de los años, ¡mira si han pasado años!, pues todavía encuentras a alguien y lo recuerdas. (Pequeño empresario, agricultor, 59 años)

Como se puede apreciar en los siguientes relatos “fer arca” era y prácticamente ha sido hasta nuestros días una actividad propia de la infancia y primera adolescencia masculina en estas comarcas valencianas. Si bien es cierto que con modificaciones “técnicas” y perdiéndose la propia expresión, que sólo la usan los más mayores:

Ehh, sí, a ver, te cuento. Eso vino con, cuando fuimos un poco más mayores [...] eso ya vino un poco más tarde cuando ya empezamos a salir solos de casa, no sé por qué, pero las típicas historias de los pueblos [...] bueno, a ostias todo el día, a pedradas, a pedrada limpia. Pero digamos que no era entre nosotros sino con la gente del pueblo, que luego, curiosamente con el paso de los años llegamos a ser íntimos amigos [...] los que nos habían estado tirando piedras hacía dos años, nos llamaron porque querían que entráramos dentro de su peña, estar con ellos en verano y tal. Y aquello fue un antes y un después. (Ingeniero Industrial, 39 años)

Eso era un poco más en los pueblos, allí en (nombre Ciudad costera sur provincia Valencia) eso sí que existía [...] “hacer arca” era liarse a pedradas. Y a veces pasabas por allí, nosotros pasábamos por allí porque a veces íbamos a una caseta de campo que tenía un tío mío que íbamos los veranos, y cuando pasabas por (pueblo pequeño de la zona) siempre te salían dos o tres brutos, “Eh, ¿fem arca?” “Fer arca” era eso liarse a pedradas. Hasta que salía uno llorando o con un chichón o una cosa así. Vamos a mí ese juego no me gustaba... (Jubilado, empleado banca, 72 años)

Sí, naranjas sí. Sí que hemos hecho. Tirarnos naranjas, alguna vez piedras, pero yo creo que sin tirar a dar, desde muy lejos. Y recuerdo un día, o sea, comprarnos cohetes de estos “xiulaors”, y uno con un tubo de estos de cartón, ponerlos, hacer así tipo lanza-granadas y en la otra parte, o sea, estábamos en un barranco y en la otra parte del barranco nos tirábamos los cohetes estos. (Socorrista, monitor natación, 30 años)

Dejando ya esta especie de recreación bélica infantil que se recuperará posteriormente, en el párrafo presentado a continuación se puede leer una descripción gráfica de un ambiente escolar de la ciudad, donde uno de

nuestros entrevistados cuenta algunos de sus recuerdos sobre cómo ocupaban el tiempo libre los niños en aquel centro educativo:

Yo recuerdo jugar mucho a las canicas, por ejemplo, en el cole. Un montón. A la araña, aquel colegio era inmenso, había seis aulas por curso, o sea, aquello era la jungla de cristal. Entonces en los edificios grandes que había jugabas a pillar y si te pillaban pues te colocaban como así, como la araña, entonces el que pasaba no te podía tocar, si te tocaba se quedaba pegado [...] Yo ese juego lo recuerdo pasártelo pipa porque era como descargar energía básicamente. [...] Luego también jugábamos cuando nos llevamos los dardos o las estrellas ninja pues, a escondida. También hemos jugado alguna vez a dardos en clase. [...] ¿A qué más? Pues cogíamos pan o del bocata o carne del comedor y los poníamos en unos agujeros que salían unas ratas así de grandes (lo indica con las manos) y intentabas darle a la rata con la piedra. Nunca matamos ninguna, eran muy difíciles. Pero te pasabas así el patio intentando machacarle la cabeza. Yo creo que si lo hubiese conseguido no lo hubiese hecho nunca más porque las sensaciones esas son muy malas pero era como que, bueno... [...] Luego pues a fútbol también he jugao, a baloncesto, yo me metí en el equipo de baloncesto allí. (Educador social, 38 años)

Otro de los informantes relata algunos de sus recuerdos de niñez, donde destacan la calle, el grupo de iguales y el fútbol:

Entonces aquello pues era una jungla. (Ríe) allí pues eso, no era lo separao que está todo aquí ahora de edades y tal, no, no allí era una mezcla de con los más mayores y sólo podías pos eso, sobrevivir muchas veces dentro de lo que es la infancia. [...] y eso, nos mezclábamos allí un montón de pueblos, de chavales, de edades y pues sí, pero los juegos normales de entonces, ¿no?, sin tecnología y demás [...] ¡Sí, sí claro!, los juegos normales de correr, de pillar, de tal, no. Juegos básicos. [...] ¡Sí, sí, claro! el juego en la calle todo el día. Fuera del colegio cuando estábamos en el pueblo pues a jugar, nos juntábamos todos los amigos y a jugar, cinco, seis, siete amigos no te creas que un grupo de más. Pocos. También de varias edades. [...] Juguetes pocos, pocos juguetes. Y en reyes, de un año para otro los mismos juguetes. Porque no usábamos mucho,

cochecitos ni historias ¿sabes? [...] Mucho juego de calle y de amigos. Es que era, cuando no estabas estudiando, haciendo los deberes estabas en la calle, en la calle total, o sea no... sin mucho peligro de, de, ¡hombre los peligros normales!, pero ni coches, ni tráfico, nada, nada, nada. Un pueblo pequeño. (Empleado armería, 35 años)

Este joven entrevistado de treinta años, por su parte, narra recuerdos del fútbol (club municipal) pero también de otros espacios recurrentes para la masculinidad como se está pudiendo comprobar; espacios caracterizados por el riesgo y que demandan autosuficiencia o cierto espíritu aventurero:

Ehh, empecé muy pequeño, en benjamines, no sé, la edad mínima, no recuerdo, supongo que tendríamos cinco años o así. ¿Por qué empecé? pues porque me gustaba el fútbol, iba con mi padre mucho a ver al Barça, y para hacer algún deporte. [...] Y el fútbol, pues estuve, yo creo que seis o siete años seguro que estaría, hasta allá, sobre once o doce años seguro que estaría. [...] Al poco de tiempo de estar jugando a fútbol me hacía muchos esguinces en el tobillo, hasta el día que debido a un esguince tuve un problema en el hueso y me tuve que dejar el fútbol también. Esto a los doce años o una cosa así. [...] Me hubiera gustado continuar, me gustaba bastante jugar a fútbol. No era demasiado bueno tampoco pero me gustaba. He ido, a ver, pues esto, cuando ya te vas haciendo adolescente, en los inicios de la adolescencia, no, yendo en bici todavía pues empiezas a salir un poco del pueblo por tu cuenta con tus amigos y empiezas a descubrir, acequias, la Acequia Real que pasa por aquí cerca, el canal que es una zona bastante peligrosa, bueno peligrosa tampoco [...] Sí, ahí hay bastante de peligro. Los padres no lo tienen demasiado bien visto que vayamos ahí. Siempre íbamos sin decirlo, a alguna balsa por ahí por los campos y eso desde los doce años hasta los dieciséis o diecisiete siempre, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces en un verano acababas nadando en algún lugar de estos prohibidos por los padres. Siempre cuando íbamos a la Acequia Real, cosas así que hacíamos por allí: pues coger melones del campo, abrirlos y comérmolos para merendar, que había por ahí, robados mayoritariamente y después nadando allí en las acequias, siempre con el temor ese de que pasara algo ¿no?, pero siempre acabábamos en estos sitios, cosa de chavales para

descubrir lugares.[...] A la azud de Antella pero allí ya más con el coche... [...] (Socorrista, monitor natación, 30 años)

En las líneas siguientes vemos lo que ocurre cuando se cuestiona sobre la composición por sexo de los grupos de infancia y adolescencia; se introduce el relato sobre la bicicleta, vinculándola con esas primeras “pulsiones” de velocidad:

Sólo chicos. Era un grupo de, un grupo de, pues un chaval, o un par de chavalitos de clase y empezamos a juntarnos con alguna gente de la otra parte del pueblo [...] La bici en esa época era parte de mí [...] ¡Sí, sí, sí!, el día que no agarraba la bici me deprimía. Era algo mucho, era, las primeras experiencias en la velocidad como si dijéramos, entonces, me encantaba la bici, me encantaba, me encantaba hacer carreras por ahí por los parques, me encantaba ir a un pequeño campo de cross que había y una pasión con la bici increíble. [...] Teníamos bicis muy malillas pero los primeros arreglos ahí, nos creíamos que éramos mecánicos, (ríe), sí, empiezo ahí, comenzamos a aprender un poco de mecánica [...] Era un poco, las ganas que tenías de tener moto las matabas un poco con la bici. [...] Que yo me acuerde a hacer carreras con las bicis sobre todo. Había un parque que resbalaba un poco la rueda, entonces nosotros hacíamos ahí “culear” la bici y hacíamos por allí carreras. (Socorrista, monitor natación, 30 años)

Finalmente, este último entrevistado, sigue en la misma línea que el anterior. En primer lugar, habla de fútbol en el salón de casa. En los puntos sucesivos, juguetes, “arca” y otras travesuras con el grupo de iguales:

Jugar, jugábamos aquí (se refiere al salón de casa), lo que recuerdo es que siempre jugábamos aquí a fútbol. Los tres hermanos. Siempre jugábamos aquí a fútbol y cada dos por tres venía mi madre a ver qué habíamos roto. [...] Yo pues tenía GI Joes, tenía bastantes de GI Joes, sí. Y me los cuidaba y jugaba con ellos así a guerras, me montaba mis películas que se dice. Y Legos, Legos me gustaban mucho, tenía muchos también... [...] eran de construir barcos, aviones. Me gustaba todo, todo tipo de Lego. [...] Eran los amigos de la (nombre del colegio privado). Los (nombre que denominaba a los que iban a ese colegio), que siempre nos han

dicho. [...] Estudiante, flojo. He sido flojito, siempre mi madre me ha ayudado bastante [...] Era muy grande (el colegio) para jugar y todo [...] allí pues jugábamos a fútbol, a béisbol, béisbol con la mano, con una pelota de frontón con la mano, a las trompes (peonzas), hacíamos barcos con las cortezas de los pinos y jugábamos a ver quién ganaba en las acequias porque había acequias. Agarramos bichos y los cocinábamos los machacábamos y todo... ranas, como se llama esto, la mantis religiosa que había mucho por allí y huevecitos de nidos también cogíamos muchos [...] Nosotros nos cogíamos cuando éramos jovencitos, nos cogíamos a lo mejor lo que es un bancal de un campo y otro bancal, unos estaban arriba y los otro bajo, pues cogías y decías, “¡jale! ¡guerra de naranjas!” nos poníamos medio grupo a un lado medio grupo al otro y el campo lo hacíamos “txas”, todas las naranjas por el suelo. Y después a lo mejor cogía y entrabas y cogías sulfumant en plata y una botella de coca-cola y lo mezclabas y hacías tipo una bomba. Esto explotaba. Pues así, [...] reventar bombillas. Un día en las fiestas de (nombre del pueblo), todas las bombillas las reventamos. Siempre estábamos haciendo travesuras. (Soldador, 35 años)

Tras ver, en palabras de los entrevistados, algunas de las cuestiones recurrentes de sus primeros años de vida, se puede apreciar, aún con posibles matices generacionales o incluso de hábitat, cómo en muchos de los relatos masculinos el grupo de iguales emerge como espacio de referencia en esas edades tempranas de la infancia y la primera adolescencia. Este grupo, facilita y construye espacios tan reales como simbólicos donde los chicos van a desarrollar, producir, reproducir y potenciar, diferentes valores o capacidades que les permitirán integrarse en el colectivo (reconocimiento e identidad) y competir desde cierta camaradería y confraternidad masculina con los otros (endogrupo-exogrupo). Se puede comprobar en las palabras de los investigados cómo sus socializaciones han sido básicamente diferenciales (respecto a las chicas), públicas (es decir, en las calles), competitivas y caracterizadas por la asunción de riesgos y el desarrollo de la fuerza y la agresividad o ciertas dosis de ingenio o creatividad.

Estas características propias de la socialización de los aspirantes a “hombres verdaderos” en una sociedad machista como la nuestra, se

vislumbran con facilidad tanto en el tipo de actividades que desarrollan como en los espacios donde éstas son llevadas a cabo. También en la particular repulsividad (no necesariamente consciente) frente a las mujeres, más allá, de que especialmente en espacios semi-domésticos, puedan aparecer algunas niñas de la familia o el entorno más cercano, o incluso que algunas niñas empiecen desde bien jóvenes a incorporar y reproducir códigos masculinos. En este punto, destaca la reflexión que ofrece Ana Agirre Sáez donde literalmente señala: “está bien visto que las chicas sean como chicos sin pasarse mucho” (2011, p.186).

En relación con las pretensiones de este artículo se pueden advertir en primer lugar, claras coincidencias con lo que se verá desarrollado en el análisis etnográfico; fútbol y riesgo; en segundo lugar, recurrencias discursivas en los recuerdos explicitados en las entrevistas biográficas (el espacio público: la calle), la competencia y el éxito frente a los iguales, del mismo modo que la asunción de riesgos y la recreación de espacios bélicos en forma ritualizada a través del “arca”, o incluso el recurso a la violencia y la dominación como manifestación de su deseo de supeditarse a la naturaleza.

Como se observa con claridad ninguna de las vivencias recordadas estaba relacionada con nada mínimamente asociado a la feminidad. De alguna manera los niños parecen conscientes de esas divisiones simbólicas que les reclaman como protagonistas; los hombres deben estar en la calle, aunque eso con el factor tecnológico pueda estar empezando a cambiar. Pero prácticamente nunca estos chicos mencionan, o en su defecto, profundizan, en el recuerdo de jugar en el ámbito doméstico con su hermana, su prima o su vecina, por poner un ejemplo. O quizás con otros chicos, lo que sería todavía más difícilmente aceptable desde la cultura hegemónica, por lo que se deduce que a los chicos no les era propio y/o no lo recuerdan o quieren manifestar el hecho de jugar con chicas. Porque, probablemente de alguna manera son conscientes que parte de su identidad de género depende de haber renunciado a una supuesta feminidad cuidadora, maternal o preocupada por el culto a la belleza, etc. Es difícil, por tanto, precisar hasta qué punto se omite este punto por vergüenza y como parte de la identidad masculina o si en la realidad prácticamente nunca llegaron a desarrollar juegos que rompieran con los tabúes de la masculinidad tradicional. A lo largo de la investigación se ha podido acceder a discursos donde se ven claras sanciones por parte de progenitores

que evidentemente recalcan la no adecuación de jugar o más bien, hacer aquello considerado socialmente femenino, sobre todo, las tareas domésticas o de crianza y cuidado de las personas. No hay que olvidar, la potencia socializadora y generadora de prácticas de la diferencia de género que tienen las familias.

En cualquier caso, lo cierto es que como mínimo mediante el discurso se relata a lo que dedicaban su tiempo desde una visión subjetiva y a través de sus memorias y sus silencios a lo que no lo dedicaban o no pueden contar, y sea por una cuestión o por la otra tan significativa es la omisión, negación, o vergüenza, como el propio hecho de que no lo hicieran, puesto que la lógica que subyace siempre responde al mismo principio consistente en definir y preservar la precaria identidad masculina como negación (Badinter, 1993; Kimmel, 1997), como rechazo de aquello prescriptivamente femenino.

La Estructura de una Práctica Ritual

En este punto se profundiza sobre una práctica concreta observada en dos momentos y espacios separados geográficamente pero unidos en lo ritual y lo simbólico. Siguiendo el camino señalado por el propio transcurso de la investigación se ha accedido a espacios caracterizados de una manera u otra por el riesgo donde los grupos de chicos adolescentes, y a veces no tanto, desarrollan unas prácticas potencialmente constructoras y reproductoras de un modelo de masculinidad tradicional asociado al riesgo.

A falta de ritos de paso institucionalizados de masculinidad en nuestra sociedad, los chicos valencianos construyen a partir de su percepción sobre su posición en la estructura social de género, una serie de comportamientos en cierta manera ritualizados⁴ que les permiten (de)mostrar públicamente su hombría.

A partir de dos jornadas concretas de lo que se podría caracterizar como una observación de carácter etnográfico, directa, externa y sistemática (Téllez, 2007, p.159-176) se desarrolla a continuación la interpretación de lo que se puede definir como la “estructura de una práctica”, dado su carácter aparentemente recurrente y ritual y que también se han podido corroborar a través de las entrevistas biográficas.

Los chicos valencianos no tienen un Tambran⁵ (Mead, 2006, p.72-73), tampoco una iniciación ritual como la descrita por Roger Caillois en el Alto

Volta (1986, p.312-314). Ni siquiera tienen ya el servicio militar obligatorio (la “mili”) o algún sucedáneo⁶ articulado por el estado. Sin embargo, sí parece existir esta especie de pulsión (Engler, 1998, p.42) consecuencia directa de su habitus (Bourdieu, 1991) que les empuja a buscar de manera, en parte inconsciente, espacios donde recrear esa masculinidad de la que son herederos y necesarios reproductores para el mantenimiento del status quo de dominación masculina. A los chicos se les enseña a ser casi y exclusivamente hombres, por lo que la masculinidad funciona como un refugio identitario (Guasch, 2003) en un escenario de ruptura con las identidades sólidas del periodo fordista y caracterizado por la incertidumbre (Bauman, 2006).

Se han realizado dos estudios de caso en dos espacios fluviales valencianos. El primero de ellos se centra en un espacio natural de pequeñas lagunas de agua fría dentro de una zona montañosa; el segundo, en una estructura hidráulica, una azud, donde las aguas del río se dividen para dar nacimiento a una importante acequia generando una especie de pequeña presa. En ambos espacios existe la posibilidad, o más bien, se crea la posibilidad por parte de algunas personas, de desarrollar actividades lúdicas de riesgo, fundamentalmente saltar desde lo alto de una roca o de un muro. Más allá de otros elementos observados, el siguiente análisis se centra precisamente en esta estructura de una práctica recurrente. No es quizás el conocido salto de los Vanatu (Thomassen y Balle, 2012) pero en cierta medida existen reminiscencias que podrían permitir establecer paralelismos entre ambas prácticas.

En los dos casos valencianos observados la estructura de la práctica es similar, aunque como se señalará en los análisis no parece existir esa homogeneidad exclusiva masculina en la conformación de los grupos lo que podría estar empezando a indicar algunos cambios significativos. Básicamente se trata de chicos adolescentes (entre los catorce y dieciséis años aproximadamente) que saltan desde una roca o un muro de considerable altura a una laguna o río, frente a la mirada atenta o bien del grupo de iguales o bien de chicas adolescentes, potenciales objetos de deseo para algunos de estos jóvenes.

La descripción básica de esta especie de ritual⁷ inventado por los adolescentes para asumir conductas de riesgo inherentes a su pulsión de masculinidad, se basa en pequeños grupos de chicos⁸ que escalan de una u otra manera hasta cierta altura para lanzarse al agua y así públicamente

demostrar su valentía, su capacidad para asumir riesgos, aunque sean innecesarios, para que su grupo de iguales legitime su derecho de reconocimiento y pertenencia y para que, en su caso, las chicas adolescentes que presencian la performance puedan confirmar que él también es un hombre de verdad digno de su atención y potencial objeto de deseo.

A pesar de todo, la prueba ritual parece funcionar más por sanción negativa. Es decir, se pierde más por no saltar, que se obtienen “beneficios” por hacerlo. Saltar es lo que se espera de los chicos, de los hombres, que demuestran su valor, sus habilidades, su valentía, como símbolo de capacidad para hacer frente a los designios de la vida, ser un buen protector, un buen proveedor, un buen progenitor (Gilmore, 1994). Con el salto se supera una prueba puntual que de no hacerlo pondría en duda la masculinidad del sujeto frente a sus iguales y frente a las chicas, excluyéndole, aunque sea momentáneamente y sólo en ese contexto específico de la adolescencia, de la categoría de hombre.

Saltar implica la satisfacción de una prueba superada, de la posterior celebración ritual, el análisis de la jugada con los compañeros que ya están en la fase de “retorno”. El júbilo, el compadreo y la camaradería de aquéllos que cumplen. El acceso a la fraternidad. Allí arriba, sin embargo, todavía está él, en la fase liminal, separado del mundo cotidiano, en supuesta condición de igualdad con sus compañeros, pero a falta del valor de saltar. Saltar implicará el reconocimiento, un carné provisional de masculinidad, nunca alcanzable definitivamente, siempre pendiente de demostrar. Pero no saltar implica el no reconocimiento, la no pertenencia, ser el motivo de broma y mofas entre compañeros, pero quizás también y peor, la vergüenza frente aquellas chicas observantes desde el otro lado. Por eso se profieren gritos, más que de ánimo, de reprimenda, recordando lo que se “es” por no saltar y las consecuencias de no hacerlo.

Para el que salta, el valiente, el primero, el que compite y gana hay un premio adicional. En este caso de otra manera menos explícita que en ciertos ritos de masculinidad estudiados por la Antropología y probablemente mediatizado por una forma de construir los objetos de deseo basadas en el amor romántico que revaloriza las actitudes propias de un comportamiento heroico, reminiscencia de un pasado que ya no existe pero que se recrea. Es el reconocimiento por parte de las chicas. El reposo del

guerrero y la princesa que espera en el castillo. En esta ocasión, al otro lado de la laguna o el río observando desde la distancia.

El que sigue allá arriba no se enfrenta ni a sí mismo ni a sus miedos. Se enfrenta a la presión social, a la cultura interiorizada y a sus disposiciones a la acción. Será muy probable que acabe saltando. No salta él, salta su instinto social, esa segunda naturaleza hecha cuerpo. No hacerlo supone pagar un precio demasiado alto, como se ha podido comprobar en nuestro estudio.

Escuela de Masculinidad: El Fútbol Base

El fútbol lo impregna todo. Lo impregna tanto que ya se ha vuelto transparente, imperceptible. Los adolescentes juegan en el patio, en la calle o en algún club de fútbol base, en su defecto en el salón de casa al FIFA, hablan sobre fichajes, goles y polémicas en el instituto, sobre todo porque sus ídolos son futbolistas⁹, ven el partido en casa o en el bar con los amigos. Pero el fútbol también se transmite socialmente a través de los medios de comunicación, potentísimo articulador de valores culturales. El fútbol forma parte de la vida de muchos chicos y este deporte es una auténtica escuela de masculinidad (Del Campo, 2003; Martín Cabello y García Manso, 2011, p.88; Subirats, 2015, p.113).

Aunque el fútbol merece un tratamiento específico y diferenciado mucho más extenso, se considera necesario poner sintéticamente de manifiesto en este artículo las lógicas que guían esta actividad deportiva convertida en práctica y a la vez ritual de masculinidad. En las siguientes líneas se presentan las interpretaciones dadas a las observaciones realizadas en estos espacios del fútbol base, concretamente desarrolladas en la ciudad de Valencia.

Si buscamos algún espacio creador/reproductor de masculinidad que de alguna manera esté institucionalizado y pueda cumplir esa función sustitutoria de ritos como la “mili”, ese espacio, al menos en este contexto cultural podría ser el fútbol base donde los chicos interiorizan valores y desarrollan capacidades propias de una masculinidad en incipiente proceso de obsolescencia: fuerza, competitividad, agresividad, violencia, siempre desde la perspectiva de cómo esto va a facilitarles el reconocimiento de la identidad. Cabe recordar que este modelo de identidad masculina se define, aparte de lo ya mencionado, por una complicidad masculina que resulta

repulsiva para las mujeres y que es por tanto potenciadora de diferencia. Mi compañero, mi amigo, quien sufre y lucha por mí, por un objetivo común en la “batalla”.

Los campos de fútbol base, donde juegan niños desde muy pequeños (en uno de los partidos observados los chicos tenían 6 años) hasta finales de la adolescencia emergen como lugares centrales para la observación de prácticas de masculinidad. En estos espacios se desarrollan “performances” con cierta reminiscencia de ritualidad; nosotros-ellos, pero prácticamente siempre desde la homosocialidad. Las aficiones, locales y visitantes están compuestas por padres y algunas madres, pero con ciertas particularidades que parecen responder a las lógicas del género: cuando más mayores los chavales, menos madres hay entre el público. Se vislumbran fundamentalmente padres entre los cuarenta y cincuenta años más o menos y algunos hombres mayores que parecen no tener ninguna relación de parentesco con los chavales, pero que parece no desentonan con el ambiente. Entre estos, suelen destacar algunos pocos quienes optan, a modo de segundo entrenador, por dirigir desde la línea de cal o detrás de una portería a los jóvenes que están en el césped.

Tanto estos últimos como los propios entrenadores, o los mismos compañeros desde el banquillo, gritan, exigen, recriminan, aunque también reconocen, aplauden y animan a los suyos. La experiencia que produce en los sentidos cualquier mañana de observación de partidos de fútbol base, en este caso en València, es desde una posición étic fascinante. Niños, adolescentes y jóvenes, casi siempre exclusivamente varones, predispuestos a batirse en duelo con su grupo frente a esos otros que luchan por lo mismo en un locus que finalmente les confiere la legitimidad del reconocimiento de la hombría requerida socialmente.

Más allá de actitudes particulares de ciertos individuos y que son la máxima expresión de una masculinidad aparentemente proyectada, el paisaje que presenta un pequeño campo de fútbol base representa el reconocimiento social de los valores asociados a una masculinidad anacrónica. El fútbol, no sólo como deporte, sino en toda su extensión, tiende a reproducir lógicas vinculadas con una forma de entender la masculinidad que empieza a resquebrajarse porque parece dejar de ser funcional a las dinámicas propias del siglo XXI y al cambio que se está dando en las relaciones entre los géneros.

Estos lugares emergen como espacios de sociabilidad con los roles sexuales fuertemente marcados: los varones están en tanto que hombres, las mujeres en tanto que madres. Mujeres y hombres de diferentes extracciones sociales se juntan, pese a que esta práctica deportiva y social parece tener una composición de clase y étnica concreta, ya que difícilmente se encontraban entre jugadores y afición personas de origen aparentemente extranjero. De esta manera, este espacio de la sociabilidad propia de las clases que ocupan posiciones intermedias en la estructura social aparece como el lugar donde se ensalza lo viril. Se podría decir que es la misa del domingo¹⁰ hecha césped, sudor y rudeza. Representa al grupo, a la comunidad y potencia el sentimiento de pertinencia del que mucha gente está huérfana en esta sociedad líquida, caracterizada por vacíos existenciales, e incertidumbres perpetuas. Así pues, el fútbol tiene un componente social que facilita la cohesión de las comunidades, que siguiendo las lógicas del sociólogo francés Emile Durkheim (1997) parece tener una significación socioantropológica e incluso una funcionalidad social. No es el fútbol la nueva religión, sino los valores que éste reproduce que son los que se sacralizan, aunque no se sea consciente, es decir, vamos a la misa del partido a celebrar la masculinidad, que así se convierte en algo sagrado, algo místico en la belleza hechizadora e hipnótica de la “performance” ritual.

Conclusiones

Tras el trabajo empírico realizado y su posterior análisis, se procede a continuación a presentar una serie de conclusiones.

La identidad (o identidades) masculina, suele ser fantasmagórica no en el sentido del psicoanálisis que menciona Antonio Agustín García en su tesis doctoral aludiendo al concepto de fantasma (2009, p.81) sino más bien en el sentido de la dificultad que entraña perseguirla, intentar atraparla, a pesar de intuir su presencia. Sin embargo, ésta(s) existe, sin duda, aunque sea de manera abstracta, casi metafísica, como aquella conciencia colectiva durkheimiana¹¹ que se impone sobre los individuos, autómatas con programación social. Siguiendo a Simmel en su tragedia cultural (Ramos, 2000, p.51) cabría decir que “cuando la cultura extraña a su origen y su fin, se revuelve contra sí misma”. Esa especie de magia social que emana de la sociedad y que invisibiliza, hace desconocer el proceso por el cual esta

misma comunidad humana que produce un tipo de masculinidad es incapaz de determinar concretamente este proceso, de reconocerlo, desde las conciencias y discursos individuales pero también sociales y acaba sufriendo las contradicciones en la compleja relación entre la cultura objetiva y subjetiva.

Si algo pretende destacar este artículo es precisamente esa vocación pública de ocupación libre y expansiva del espacio de los hombres que está en consonancia con esas primeras manifestaciones que muestran Marina Subirats y Amparo Tomé (2010) en la forma en que chicos y chicas ocupan el patio en los colegios. Estas actitudes y comportamientos masculinos son consecuencia directa de una socialización muy determinada en un sistema sociocultural concreto, como se ha podido corroborar en sus prácticas de infancia y que tiene como ejemplo paradigmático el fútbol en sus diferentes modalidades, pero que siempre implican una apropiación extensiva de un espacio, espacio que han aprendido que les es propio: la calle y la plaza, la pista deportiva, el patio, etc. Sin embargo, esta práctica de juego deportivo, pasa ya casi inadvertida, puesto que parece entrar en la lógica de la normalidad y por tanto deviene invisible. En este sentido, se puede considerar al fútbol probablemente como el mayor espacio constructor junto con la familia de masculinidad tradicional en la actualidad, lo que sin duda merece de un análisis más profundo y detallado que el mostrado en este texto.

Parece igualmente relevante para una adecuada comprensión de las masculinidades la existencia y creación de prácticas, puesto que no hay ritos de paso de masculinidad institucionalizados, por las que los chicos tratan de demostrar su hombría frente a iguales y frente a las chicas. Aunque este texto se ha detenido concretamente en la estructura de una práctica ritual vinculada con una especie de saltos de riesgo en su parte etnográfica (práctica que se repite en diferentes formatos, pero con la misma esencia a lo largo de pueblos y comarcas valencianas) existen del mismo modo otros escenarios parecidos y también en cierta manera ritualizados entre las prácticas de masculinidad de los chicos valencianos. Lo que suscita mayor interés es esa necesidad impuesta por las condiciones materiales y simbólicas de existencia de los chicos en este momento y espacio concreto; las comunidades no ofrecen ese espacio ritual claro y formal para reconocer la masculinidad, aunque se empiecen a entender algunos de esta manera. Sin embargo, ante la ausencia de marcadores

cronobiológicos como los que tienen las mujeres, existe una enorme presión social para mostrar esa masculinidad, especialmente a partir de los últimos años de infancia y primera adolescencia. Y estas prácticas, lógicamente, se vinculan con esos espacios, valores y capacidades que a los niños ya les resultan familiares de sus primeras socializaciones, puesto que difícilmente podría ser de otra manera. No existe un rito de paso definitivo que cambie el estatus del niño sino más bien una serie de espacios ritualizados, muchos de ellos contruidos “ad hoc”, que permiten a los chicos convertirse en hombres, como mínimo a ojos de sus iguales, aunque como se señala, nunca de manera definitiva. Son prácticas seriadas, con principios de ritualización y de cierta estructuración, similares en determinados momentos a las características de la *communitas* de Víctor Turner (1974) en muchos de sus aspectos¹², pero son producidas sin mentores en la mayor parte de los casos, generadas por los mismos chicos a través de imitación, reproducción o adaptación de prácticas previas de los que les precedieron en esta especie de tránsito. Por tanto, parece legítimo plantearse algunas cuestiones, dada una realidad concreta observada: ¿necesita nuestra sociedad de alguna forma en la que (de)mostrar en un espacio sagrado, solemne y reconocido institucionalmente la masculinidad?, o ¿valen esos juegos con características de lo ritual que los chicos desarrollan, casi inventan, en función de sus condiciones materiales para ponerse a prueba y buscar el reconocimiento de los iguales y de lo social? En definitiva, la pregunta que deriva es: ¿por qué todavía necesitamos seguir demostrando que somos hombres es un escenario de ruptura con identidades obsoletas y de apertura hacia espacios fluidos en la identidad de género?

Mención especial merece sin duda el análisis de lo que se ha denominado “arca”. Un espacio bélico “stricto sensu”, donde los niños o adolescentes valencianos se enfrentan unos con otros haciendo uso de aquello que tienen a su disposición y que en los casos analizados tienen mucho que ver con las particularidades identitarias de los valencianos; más allá de piedras, las naranjas y los cohetes. La adaptación de una práctica de masculinidad reminiscencia de lo guerrero a las condiciones materiales de existencia de los grupos masculinos de chicos valencianos.

Cualquier espacio es plausible de convertirse en campo de batalla. Desde los campos de naranjas, hasta las calles, o un descampado. Como se menciona, cualquier objeto al alcance puede convertirse en arma. Ya solo falta externalizar esa pulsión de masculinidad “guerrera”. Se buscará a los

“otros”, o se dividirá el “nosotros” para crear un los “otros”, lo que de una manera u otra siempre implica camaradería, ciertos principios de nobleza u honor. Se invocará al “arca”, aunque algunos ya ni siquiera la mencionen. Y entonces empieza una batalla de consecuencias imprevisibles, pero que como hemos visto genera solidaridades y refuerza las identidades grupales. Nada parece baladí. Entre otras cosas, porque si miramos a la otra parte, las chicas, no suelen estar presentes ni en los espacios (a no ser, como meras espectadoras) ni en el desarrollo de las prácticas, lo que evidentemente supone que la construcción sociocultural de las identidades de género de los chicos y las chicas valencianas en las últimas décadas, a pesar de los cambios, continúa siendo profundamente diferencial, es decir, patriarcal y sexista.

Si bien es cierto, que pese a lo señalado en este último párrafo, se puede empezar a observar tanto a través de datos cuantitativos, como de las observaciones o los discursos, cómo las mujeres parecen emerger cada vez más en espacios considerados masculinos. Quizás todavía existan en el fútbol muchas reticencias, tanto en el que se juega en la calle, como en el institucionalizado en clubs, aunque ya existan algunos clubes femeninos. Pero en otros espacios del riesgo, o incluso en el aprendizaje a través de la imitación y el juego, vemos cómo cada vez más niñas participan de espacios tradicionalmente exclusivos masculinos y expulsivos para la feminidad. En esta línea, parece existir por parte de las chicas una adopción de códigos de funcionamiento masculinos, como vemos por ejemplo en el mundo adulto del trabajo, los negocios, etc., puesto que las actividades “masculinas” han estado y siguen estando más reconocidas socialmente, prestigiadas y por tanto en escenarios sociales competitivos potenciados por el sistema económico vigente, estos son casi códigos de supervivencia que muchas mujeres necesitan interiorizar y reproducir.

Sin embargo, no se considera que las motivaciones, para, por ejemplo saltar al río de lo alto del muro sean las mismas en chicos que en chicas, puesto que para unos es una motivación de necesidad por exigida, manifestación de su masculinidad, y para las otras las motivaciones son diferentes y diversas, pero por supuesto no son una exigencia social a la feminidad, como demuestra el simple hecho que a pesar de esta “invasión” de los espacios masculinos por parte de algunas chicas, la composición de estos espacios continua siendo preponderantemente masculina y esté totalmente caracterizada por sus códigos.

En conclusión, con el trabajo de campo desarrollado y el análisis y la interpretación dada a las informaciones de diferente carácter obtenidas, se considera que para el ámbito territorial del estudio han quedado corroboradas prácticas de riesgo y espacios cargados de connotaciones simbólicas y con principios de ritualización, que reproducen los chicos en su infancia y adolescencia como resultado de una demanda social y frente a la ausencia de espacios institucionalizados o marcadores cronobiológicos que les permitan demostrar su masculinidad.

Además existe un espacio o práctica productora que por aparecer en los discursos y de manera ampliamente significativa en otros datos cuantitativos obtenidos en el discurrir de la investigación, nos conduce a pensar en el fútbol (en sus diferentes modalidades) como uno de los principales productores de masculinidad tradicional en la sociedad valenciana actual¹³. No solamente ya desde el punto de vista de la práctica deportiva, sino también desde la creación de referentes (ídolos) que por poner unos pocos ejemplos, corresponden en palabras de los entrevistados a futbolistas, como Cruyff, Kempes, o Koeman.

Notas

- ¹ Podemos considerar las entrevistas biográficas como una técnica similar a los relatos o historias de vida, pero que no pretende recuperar un discurso completo sobre la vida del sujeto, a modo de una biografía, sino más bien, facilitar información que dibuje el contexto sociohistórico donde los hombres construyen su identidad de género con sus prácticas concretas, comparando entre los discursos de los diferentes entrevistados que responden a perfiles sociales diversos: capital educativo, hábitat, generación, ámbitos profesionales, etc.
- ² El ámbito territorial donde se desarrolla la investigación se centra fundamentalmente en las comarcas orientales de la provincia de Valencia.
- ³ Sobre este concepto es de obligada lectura el capítulo: “Quant “fer harca” és, probablement, “fer arca”, (*Aparisi, Baydal y Esquilache, 2014*).
- ⁴ La utilización en este caso del concepto “comportamiento ritualizado” procede de la descripción que hace Henk Driessen en su análisis de los rituales de masculinidad andaluces. (1991, p.713)
- ⁵ Patrono “sobrenatural” de los hombres adultos de la tribu de los Arapesh, protagonista en la iniciación de los jóvenes del grupo.
- ⁶ Aunque se pudiera empezar a pensar por ejemplo en instituciones como los clubes de fútbol base.

- ⁷ Sobre el debate en torno a la consideración como tales de los “rituales contemporáneos” en sociedades “desritualizadas” es recomendable la lectura del trabajo de Martine Segalene (2014).
- ⁸ Como se verá en el análisis, en uno de los casos también chicas.
- ⁹ Esta idea se ha contrastado a través de ejercicios en talleres formativos en centros de educación secundaria.
- ¹⁰ Sobre fútbol y religión son interesantes algunos de los planteamientos del artículo de Roberto Cachán y Óscar Fernández (1998).
- ¹¹ “The totality of beliefs and sentiments common to the average members of a society forms a determinate system with a life of its own. It can be termed the collective or common consciousness”. (Durkheim, 1997, p.38-39)
- ¹² Sobre estas cuestiones vinculadas con la liminalidad y la *communitas* caben destacar los trabajos de Victor Turner (1974, 1991) y el artículo más actual de Thomassen y Balle (2012) donde actualizan el concepto de este autor: From liminoid to limivoid: Understanding contemporary bungee jumping from a cross-cultural perspective.
- ¹³ En este punto puede ser muy clarificador, tanto para el fútbol, como para el deporte en general, el capítulo titulado “Sport, gender and civilization” del libro de Eric Dunning (2003). En estas páginas de revisión teórica destacan ideas como: “male preserve” o “primary vehicle for the masculinity-validating experience”.

Referencias

- Agirre Sáez, A. (2011). Retos educativos para la convivencia en igualdad. *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, 35, 179-193.
- Aparisi, F., Baydal, V. y Esquilache, F. (2014). *Fer Harca. Històries medievals valencianes*. València: Llibres de la Drassana.
- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Bauman, Z. (2006). *Vida Líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Cachán, R. y Fernández, O. (1998). Deporte o religión: un análisis antropológico del fútbol como fenómeno religioso. *Ciencias aplicadas a la actividad física y el deporte*, 52, 10-15.
- Caillois, R. (1986). *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Del Campo, A. (2003). Cuestión de pelotas. Hacerse hombre, hacerse el hombre en el fútbol. En J.M. Valcuende y J. Blanco (Eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 66-99). Madrid: Talasa Ediciones.

- Driessen, H. (1991). Sociabilidad masculina y rituales de masculinidad en la Andalucía rural. En J. Prat et. al. (Eds.), *Antropología de los pueblos de España* (pp.710-718). Madrid: Taurus.
- Dunning, E. (1999). *Sport matters. Sociological studies of sport, violence and civilization*. London: Routledge.
- Durkheim, E. (1997). *The Division of Labor in Society*. New York: The Free Press.
- Engler, B. (1998). *Introducción a las Teorías de la Personalidad*. México: McGraw Hill.
- García, A.A. (2009). *Modelos de identidad masculina: Representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*. (Tesis doctoral) Universidad Complutense de Madrid, Madrid. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/9537/1/T31015.pdf>
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Guasch, O. (2003). Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: tipos ideales de masculinidad. En J.M. Valcuende y J. Blanco (Eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 113-124). Madrid: Talasa Ediciones.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarria. (Eds.), *Masculinidades. Poder y crisis* (pp.49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Martín Cabello, A. y García Manso, A. (2011). Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad. *RIPS: Revista de investigaciones políticas y sociológicas*, 10(2), 73-95. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10347/8419>
- Mead, M. (2014). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Ramos Torre, R. (2000). Simmel y la tragedia de la cultura. *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 37-71. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717889002>
- Segalen, M. (2014). *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Subirats, M. y Tomé, A. (2010). *Balones fuera. Reconstruir los espacios desde la coeducación*. Barcelona: Ediciones Octaedro.

- Subirats, M. (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Barcelona: Editorial Aresta.
- Téllez, A. (2007). *La investigación antropológica*. Alicante: Editorial Club Universitario.
- Thomassen, B. y Balle, M. (2012). From liminoid to limivoid: Understanding contemporary bungee jumping from a cross-cultural perspective. *Journal of Tourism Consumption and Practice*, 4 (1), 59-93. Recuperado de <http://www.tourismconsumption.org/JTCPVOL4N01THOMASSEN BALLE.pdf>
- Turner, V. (1974). Liminal to Liminoid, in Play, Flow, and Ritual: An Essay in Comparative Symbolology. Rice Institute Pamphlet - *Rice University Studies*, 60, (3). Recuperado de <http://hdl.handle.net/1911/63159>.
- Turner, V. (1991). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Ithaca, New York: Cornell University Press.

Joan Sanfélix Albelda es investigador Doctor en la Universidad Miguel Hernández de Elche, España.

Anastasia Téllez Infantes es profesora titular de Antropología Social de la Universidad Miguel Hernández de Elche, España

Contact Address: Dirección directa ambos autores Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades, Av. de la Universidad s/n, Edif. Torreblanca, 03202 Elche (Alicante), España, email: joansanfelix@gmail.com

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Who is a Real Man? The Gender of Trumpism

C.J. Pascoe¹

1) University of Oregon, USA

Date of publication: June 21st, 2017

Edition period: June 2017 - October 2017

To cite this article: Pascoe, C.J. (2017). Who is a Real Man? The Gender of Trumpism. *Masculinities and Social Change*, 6(2), 119-141. doi: 10.17583/MCS.2017.2745

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2017.2745>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Who is a Real Man? The Gender of Trumpism

C. J. Pascoe
University of Oregon

Abstract

The rise of Trumpism exemplifies a contest over masculinity, over who qualifies as a “real man.” This contest being waged not only by some obvious actors – President Trump, his supporters and representatives; it is a contest also waged by those who oppose the current administration and are perhaps actively working against the perpetuation of gender inequality. The themes deployed by Trumpists and anti-Trumpists alike address a core component of masculinity in the global west – dominance. Through sexualized processes of confirmation and repudiation multiple actors in this political and social moment draw on and deploy understandings of normative masculinity as dominance – dominance over women and dominance over other, less masculine, men. Both the Trumpist and anti-Trumpist movements exemplify similar discourses of masculinized dominance in which social actors claim masculinity through discourses and symbols of “compulsive heterosexuality” and divest others of it through the emasculating practices of a “fag discourse.” The story of Trumpism and movements against it is an example of the tenacity of inequality in gendered discourses.

Keywords: masculinity, sexism, homophobia, Trump, politics

¿Quién es un Hombre Real? El Género del *Trumpism*

C. J. Pascoe
University of Oregon

Resumen

El auge del *Trumpism* ejemplifica un concurso sobre la masculinidad, sobre quién es realmente un "hombre verdadero." Este concurso está liderado por algunos actores obvios – el presidente Trump, sus partidarios y representantes. Es una contienda también emprendida por quienes se oponen a la actual administración y tal vez están trabajando activamente contra la perpetuación de la desigualdad de género. Los temas desplegados por los *Trumpists* y *anti-Trumpists* plantean el tratamiento de un componente fundamental de la masculinidad en Occidente: la dominación. A través de procesos sexualizados de confirmación y rechazo, en la actualidad una multitud de actores políticos y sociales aprovechan y despliegan prácticas propias de la masculinidad normativa como la dominación: dominio sobre las mujeres y dominio sobre otros hombres menos masculinos. Tanto los movimientos *Trumpistas* como los *anti-Trumpistas* ejemplifican discursos similares de dominación masculinizada en los que los actores sociales reclaman la masculinidad a través de discursos y símbolos de la heterosexualidad compulsiva y despojan a otros de ella a través de las prácticas emasculadoras de un "*discurso fag*". Flexible y adaptable. Lo que al principio parece una mejora (una protesta a gran escala contra el sexismo de un político, por ejemplo), puede ser un ejemplo de corrientes sociales complejas.

Palabras clave: masculinidad, sexismo, homofobia, Trump, políticos

“**A**re you a Trump Man or a decent man? Time to choose,” asked and instructed a headline in the Guardian several months after the inauguration of the United States’ President Donald Trump (Penny, 2017). Different modes of manhood, masculinity, and misogyny have been at the heart of his rise to power (Bordo, 2017; Bridges & Pascoe, 2016). According to many, especially those on the American and global left, the President enacts and represents an outmoded understanding of masculinity – a boorish, sexist, unsophisticated, homophobic, xenophobic, racist, nationalist manhood. As such his election victory threatened to return the United States to a time before less powerful groups had begun to realize some of the hard fought protections implemented in the preceding decade(s).

Take for instance the recording of a 2005 conversation the now president had with American television personality, Billy Bush about women:

Trump: I moved on her, actually. You know, she was down on Palm Beach. I moved on her, and I failed. I’ll admit it.

Unknown: Whoa.

Trump: I did try and fuck her. She was married.

Unknown: That’s huge news.

Trump: No, no, Nancy. No, this was [unintelligible] — and I moved on her very heavily. In fact, I took her out furniture shopping. She wanted to get some furniture. I said, “I’ll show you where they have some nice furniture.” I took her out furniture — I moved on her like a bitch. But I couldn’t get there. And she was married. Then all of a sudden I see her, she’s now got the big phony tits and everything. She’s totally changed her look.

Billy Bush: Sheesh, your girl’s hot as shit. In the purple.

Trump: Whoa! Whoa!

Bush: Yes! The Donald has scored. Whoa, my man!

Trump: Look at you, you are a pussy.

Trump: All right, you and I will walk out.

Trump: Maybe it’s a different one.

Bush: It better not be the publicist. No, it’s, it’s her, it’s —

Trump: Yeah, that’s her. With the gold. I better use some Tic Tacs just in case I start kissing her. You know, I’m automatically

attracted to beautiful — I just start kissing them. It's like a magnet. Just kiss. I don't even wait. And when you're a star, they let you do it. You can do anything.

Bush: Whatever you want.

Trump: Grab 'em by the pussy. You can do anything.

(*The New York Times*, 2016).

These comments resurfaced during the presidential campaign. Their circulation throughout multiple media outlets generated outrage and eventually provided the symbol at the heart of the largest one-day international protest in history, the “pussy hat.”

The conversation received so much attention, in fact, that the moderator of the 2nd presidential debate¹, Anderson Cooper, asked candidate Trump about them. Trump responded with a metaphorical shrug, saying “Yes, I am very embarrassed by it and I hate it, but it's locker room talk and it's one of those things.” Good men distanced themselves from Trump's behavior quickly and publicly. Some professional athletes, for instance, disavowed this proverbial “locker room talk” through multiple interviews, statements and the #notinmylockerroom Twitter hashtag.

While it may be that, as the Guardian put it, these “decent men” distanced themselves from “Trump men” in disavowing that particular sexist moment, the line between “decent” men and “Trump” men may be less clear than it appears at first glance. Take for example this blistering critique of Trump issued by American entertainer Steven Colbert:

You're not the POTUS. You're the BLOATUS. You're the glutton with the button. You're a regular Gorge Washington. You're the presi-dunce, but you're turning into a real prick-tator. Sir, you attract more skinheads than free Rogaine. You have more people marching against you than cancer. You talk like a sign language gorilla who got hit in the head. In fact, the only thing your mouth is good for is being Vladimir Putin's cock holster. Your presidential library is going to be a kids' menu and a couple of *Juggs* magazines. The only thing smaller than your hands is your tax returns, and you can take that any way you want.

In this quite funny political commentary Colbert uses some of the same sexualized discourse that, when used by Trump, audiences found so problematic. However, this time the language was used to criticize a powerful man, the president, rather than to objectify women. Colbert insinuated that Trump and Putin were engaging in a same-sex relationship, and, importantly, that Trump is the sexually receptive (read less masculine) partner in that pair. Similarly Colbert insults the size of Trump's hands. In American folklore, the size of a man's hands and feet are thought to symbolize the size of his penis, the size of which itself is a symbol of one's virility and masculinity.

Colbert's use of emasculating, sexualized language to critique Trump complicates the Guardian's question about what type of man one is. Is one the kind of man who unapologetically talks about and engages in sexual assault? Is one the kind of man who opposes this sort of sexism by deploying homophobic and emasculating insults? In the rise of Trumpism we are seeing a contest over masculinity, over who qualifies as a "real man." This contest being waged not only by some obvious actors – President Trump, his supporters and representatives for instance; it is a contest also waged by those who oppose the current administration and are perhaps actively working against the perpetuation of gender inequality.

The themes deployed by Trumpists and anti-Trumpists alike address a core component of masculinity in the global west – dominance (Connell, 1995; Pascoe, 2011; Peirce, 1995; Jaggar, 1983; Mackinnon, 1989). Through sexualized processes of confirmation and repudiation multiple actors in this political and social moment draw on and deploy understandings of normative masculinity as dominance – dominance over women and dominance over other, less masculine, men. The enactment of masculinized dominance is quite clear when looking at Trump, his supporters and members of his administration. However, the way in which the anti-Trumpists deploy these messages often work to obfuscate their deployment, something Tristan Bridges and I (2014) call "discursive distancing," or engaging in dominance practices which serve to position the actors as "decent" rather than Trump men, even while drawing on similar discourses of masculinity.

The Gender of Trumpism

The election of President Trump is, in many ways, the story of American white, heterosexual masculinity, of a particularly noxious combination of racism, sexism and nationalism. Definitions of masculinity are culturally bound and “lives of particular groups of men are shaped by globally acting economic and political forces.” (Connell, 2011, p. 9). As global economic relations are reordered, so are masculinities (Salzinger, 2016). This means that the trend of western economic and social decline increasingly noted by scholars (Hoang, 2015; Carlson, 2015) has specific ramifications for white western men and definitions of masculinity. This decline is a particularly masculinized one, both in effects and response. For certain groups of American men, global economic shifts have been particularly painful. Over the past 30 years many men in the United States have seen their real wages decline (Shierholz, 2013), their manufacturing jobs disappear (Autor, Dorn, & Hanson, 2017) and felt the increasing absence of union power (Rosenfeld, Denice, & Laird, 2016). As Arlie Hochschild writes, “it was an era of numerous subtle challenges to masculinity, it seemed” (2016, p. 202).

Not surprisingly, given the association of American masculinity with workplace success, whiteness, heterosexuality and social and economic self-sufficiency, this decline has been particularly felt by working class white men who have responded with both rage and mourning, a phenomenon sociologist Jennifer Carlson calls “mourning Mayberry” (2015). For American men, Mayberry (a fictional town in a television show from the 1950s) symbolizes an idyllic time in the American past. However, as Carlson points out, this time was idyllic only for a select few – white, middle and working class, heterosexual, Christian men. Carlson suggests that contemporary American white men are trying to regain “masculine dignity in the contexts of declining access to Mayberry America” (2015, p. 24). In many ways, their experience of a culture characterized by “a loss of American values, a loss of masculine dignity, and a loss of confidence in the state” (Carlson 2015, p. 11) drove the election of Trump.

For these men, what felt like an era of increasing gun control, endless government regulation, and too many laws protecting gender, sexual and racial/ethnic minorities meant that “the federal government wasn’t on the side of men being manly” (Hochschild, 2016, p. 202). Trump’s promise to

“Make America Great Again” was in many ways a promise to “Make men ‘great again’ too, both fist-pounding, gun-toting guy-guys and high-flying entrepreneurs. To white, native born, heterosexual men he offered a solution to the dilemma they had long faced as the ‘left-behinds’ of the 1960s and 1970s celebration of other identities” (Hochschild 2016, p. 229). While not empirically true, the “deep story,” in Hochschild’s words, for these men was that gains for historically disadvantaged groups felt like losses for straight white men.

The rise of Trumpism, driven by the anger of these men, contradicts in many ways the familiar trope of a “narrative of progress, moving from tradition to modernity” (Connell, 2012, p. 7). This sort of thinking contrasts a “‘traditional’ masculinity (often understood as patriarchal and perhaps violent)” with “a ‘modern’ masculinity (often understood as more expressive, egalitarian and peacable)” (Connell, 2012, p. 7). The masculinity of the Trumpists, in this model, is “traditional” – harkening back to Mayberry and all that entails - while that of the anti-Trumpists is “modern” – looking forward in working for gender, racial and class equality. In looking at the discourses of masculinity that thread through these movements, however, it seems that similar discourses of masculinity as dominance undergird each. This seeming contradiction illustrates what Connell refers to as an “incoherence in gender relations” (2012, p. 4). Paying attention to this incoherence is central to evaluating the relationship between gender inequality and social change (Connell, 2012). Gender inequality is flexible and adaptive. What initially seems like change or progress (a wide scale protest against a politician’s sexism for example), may actually be an example of more complicated social currents. The story of Trumpism and movements against it is an example of the tenacity of inequality in gendered discourses.

Masculinity as Dominance

Trump’s discussion of locker room talk and Colbert’s comments about Trump’s tiny hands and sexual practices echoed comments and jokes made by the teenage boys I studied at an American high school, I call River High. These comments, jokes and actions were in part the way these young men engaged in masculinity as “a form of dominance usually expressed through

sexualized discourses” (Pascoe, 2007, p. 5). The young men at River High regularly defined masculinity as dominance - displaying power over others, a lack of emotions, demonstrating competence, eschewing weakness and asserting one’s heterosexuality, as well as the “repeated repudiation of the specter of failed masculinity” (Pascoe 2007, p. 5). These discourses entailed processes of confirmation through which young men asserted what I came to call a “compulsive heterosexuality,” in which they exercised dominance over girls’ bodies. Similarly, these young men engaged in repudiation processes in which they denied the specter of failed masculinity, imputing femininity and gayness to others in what I came to call a “fag discourse.” What we see in both the Trumpist and anti-Trumpist movements are similar examples of masculinized dominance in which social actors claim masculinity through discourses and symbols of “compulsive heterosexuality” and divest others of it through the emasculating practices of a “fag discourse.”

Compulsive heterosexuality entails exercising dominance over girls’ bodies through sex talk (“grab ‘em in the pussy” for instance), physical prowess and sexual violence. In fact, listening to the teenage boys at River High talk about girls and what it meant to be a man, sounded a lot like Trump’s “locker room talk.” For instance, in talking about their plans for a formal winter dance one student, Josh, told another, Reggie, “I’ll be fucking pissed if I don’t get some.” Reggie advised him “That’s why you take a girl whose gonna do something. I got Jack Daniels!” Josh countered, “I got a big bag of marijuana...the sooner I get her drunk the sooner I get laid.” Reggie triumphantly bragged, “I can get laid any time, anywhere.” Later, Jerome complained that he was not “gonna get laid at Winter Ball.” Josh admonished “That’s why you gotta go for the younger ones fool! Like 12 years old!” Similarly, another student, Jay talked about a girl he thought was “hella ugly” but had “titties:” “She’s a bitch. I might take her out to the street races and leave her there so she can get raped.” The other boys in his class, as they often did in such conversations, responded in laughter.

Similarly, River High boys often physically constrained girls under the guise of flirtation. One time in the hallway a boy wrapped his arms around a girl and started to freak her, or grind his pelvis into hers as she struggled to get away. Another time a boy wrapped his arms around a girls’ neck as if to put her in a headlock and held her there while his friend punched her in

the stomach, albeit lightly and she squealed. Perhaps more dramatically, one boy, a drummer, rhythmically jabbed a girl in the crotch with his drumstick, while he yelled “get raped! get raped!” The constraint and touch of female bodies gets translated as masculinity, embedding sexualized meanings in which heterosexual flirting is coded as female helplessness and male bodily dominance. Touch is gendered –men touch women in different ways than women do men, they invade women’s space and interrupt them more than women do to men.

As feminist scholar Adrienne Rich argued, heterosexuality not only describes sexual desires, practices and orientations; it is also a “political institution” (1980). The “enforcement of heterosexuality for women as a means of assuring male right of physical, economic and emotional access” is a central component of gender inequality. The locker room talk examples of “mythic story telling” (Kehily & Nayak, 1997) in which boys and men tell humorous larger than life tales about their sexual adventures, their bodies, and girls’ bodies are an important way in which men maintain sexual dominance over women. Men’s sexual assault, discursive and physical, of women has long been theorized as a form of masculinized dominance over women’s bodies (Mackinnon, 1989; Dworkin, 1991; Jeffreys, 1999; Cahill, 2001).

But of course, masculinity as dominance doesn’t only entail dominance over women, it also entails dominance over other men. This dominance work renders other men unmasculine, feminized, weak and subordinate. This sort of repudiatory dominance work positions other men as failed men through sexualized discourses – either these men fail at masculinity or they fail to secure a claim on heterosexuality (sometimes, ironically, by subscribing to outdated notions of masculinity), something I came to call a “fag discourse.” The fag discourse that proliferated among the young men I studied that primarily took the form of homophobic teasing, harassment and jokes. However, the use of the word has as much to do definitions of masculinity as it did with actual fear of other gay men. In other words, being subject to homophobic harassment has as much to do with failing at masculine tasks of competence, heterosexual prowess or in any way revealing weakness as it did with a sexual identity.

“Fag” was the ultimate insult, according to these young men. Jeremy, for instance, suggested that this insult reduced a boy to nothing, “To call

someone gay or fag is like the lowest thing you can call someone. Because that's like saying that you're nothing." Many boys explained their frequent use of epithets like queer, gay and fag by asserting that, as Keith put it, "guys are just homophobic." However, boys make clear that this homophobia was as much about failing at tasks of masculinity as it was about fear of actual gay men. As J.L. said, "Fag, seriously, it has nothing to do with sexual preference at all. You could just be calling somebody an idiot, you know?" Revealing masculine incompetence in any way could render a boy subject to the epithet. As Ben said, "anything, literally anything" could render one vulnerable. "Like you were trying to turn a wrench the wrong way, 'dude you're a fag.' Even if a piece of meat drops out of your sandwich, 'you fag!'"

Of course, gendered repudiation doesn't always take a homophobic form. One can explicitly mock other men for failing at masculinity in a wide variety of ways.

Take Chad's words for example. Chad, an extremely popular football player at River High, described his sexual history like this:

When I was growin' up I started having sex in the 8th grade...The majority of the girls in 8th and 9th grade were just stupid. We already knew what we were doing. They didn't know what they were doing you know?... Like say, comin' over to our house like past 12. What else do you do past 12? Say we had a bottle of alcohol or something. I'm not saying we forced it upon them. I'm sayin'... (Pascoe, 2007)

While the incident Chad describes – plying underage women with alcohol in order to have sex with them – is one that many would agree would constitute rape, he self-consciously distances himself from rape ("I'm not saying we forced it upon them"). Indeed, he went on to share that his friends, "Kevin Goldsmith and uh, Calvin Johnson, they got charged with rape," while claiming that, in contrast, he never had to force a girl to have sex: "I'll never (be in) that predicament, you know. I've never had hard time, or had to you know, alter their thinking." The sort of sexual assault Kevin Goldsmith and Calvin Johnson participated in is something that *other, less masculine* guys do. By distancing himself from this practice, Chad confirms his own claim to masculine dominance – a claim which is

stronger because he obtained sex without physical force. This is a process Jocelyn Hollander and I call “mobilizing rape,” or the way in which men position other men as failed men or unmasculine because they use force to secure sexual access to women’s bodies (Pascoe & Hollander, 2016).

The discursive dominance that comprises western masculinity is sexualized – affirming one’s power over women and their bodies, as well as divesting other men of their masculinity through feminizing them. Similar discourses can be traced across messages emerging from President Trump, his supporters and representatives as well as those who oppose him and his administration.

Trumpism

Masculinity as domination is expressed by Trump, his followers and administration in three main ways – bodily dominance, sexual assault and by positioning other men as sexually failed men.

Much like the boys at River High, President Trump engages in “sex talk” when he talks about women’s bodies and what he can do to them. Judging by these comments, women, for Trump, often serve as potential sexual conquests. A CBS News video clip from the early 1990s in fact, shows Trump stepping off an escalator speaking briefly about a young girl also on the escalator. Trump asserts, “I’m going to be dating her in 10 years, can you believe it?” He was 46 at the time. Around the same time, after a youth choir performance outside of the Plaza Hotel in Manhattan, New York, Trump asked two of the female singers their ages. Upon learning they were 14 years old, Trump replied, “Wow! Just think - in a couple of years, I’ll be dating you.” Much like the boys at River High, Trump can assert dominance over women by positioning them as sex objects, framing them as agent-less recipients of his desire.

Similarly, much like the young men at River High, candidate Trump enacts bodily dominance over women in a variety of ways. His behavior during one of the presidential debates exemplifies this. The second presidential debate (the one in which then candidate Trump justified his locker room talk) did not feature the usual podiums behind which the candidates stood. Rather, in this debate the candidates were free to roam the stage. What ensued was an unusual practice, unusual enough that multiple

commentators noted it. Candidate Trump stood behind candidate Clinton repeatedly, his much larger body hulking behind her. When candidate Clinton moved across the stage to make a point, he would follow. The Washington Post described his behavior as “looming behind Hillary Clinton like a mob boss” and “eager to dominate” comparing him to a schoolyard bully (Kaufman, 2016). Much like the boys who exercised dominance over women’s bodies by constraining them or physically hurting them, Trump did it by taking up space and physically looming over Clinton in a quite ominous manner.

Similar dominance practices are enacted by those who support President Trump and his policies. They play the double meaning of Trump’s last name to its fullest effect. Merriam Webster defines the word trump as “to get the better of” or “to override,” in essence, to dominate. This word play appears on bumper stickers, signs and t-shirt sported by those who support him reading: “Trump that Bitch.” This sort of gendered dominance is a rallying call, a moment of collective effervescence, a harkening back to a time when women weren’t challenging male dominance and were kept in their place by law and custom. It’s an example of “mourning Mayberry.” Much like the working class boys I studied at River High, white male dominance had been challenged by years of sustained feminist as well as civil rights activism and in many ways assertions of normative white masculinity were a way to put women (and also racial minorities) back in their place symbolically, by “Trumping” them.

Trump’s dominance over women is also displayed in his *refusal* to touch them. He has made it clear that women’s bodies are repulsive him, saying of one reporter – “blood coming out of her wherever” and calling another “disgusting” for her need to pump breast milk (Suebsaeng, 2015). This revulsion was on global display in his refusal to shake German Chancellor Angela Merkel’s hand. In a widely circulated video of the two meeting, photographers ask, as the world leaders sit next to each other “Do you want to have a handshake?” (Williams, 2017). The Guardian reported, “Trump says nothing, does nothing, and just stares straight ahead. He sits with that signature pout on his lips, legs splayed out, and posture bent forward...Merkel the offers a slight shrug and turns her head away.” Trump’s refusal to look at Chancellor Merkel or extend his hand seemingly answers the question. In this instance, he exercised dominance by simply

ignoring her and not extending to her the same dignity that is traditionally awarded to other heads of state. This is, a man, of course, who actually said of women “You have to treat ‘em like shit,” a philosophy that he apparently incorporates into diplomatic relations.

Trump’s enthusiastic handshakes with male world leaders a different way for him to dominate other men. As Raewyn Connell argues, normative masculinity is sustained by men’s dominance *over other men* as well as women (1995). President Trump, for example, shook Prime Minister Shinzo Abe’s hand for 19 second in what the Guardian called a “strange jerky movement he deploys to dominate his counter parts.” Trump yanks people toward him during these handshakes, once so violently grabbing Neil Gorsuch’s arm that the judge lost his balance (Collett, 2017). Much was made of Canadian Prime Minister Justin Trudeau’s preparation to counter Trump’s handshake as he clearly went in prepared to resist the move by standing firm and placing his hand on Trump’s shoulder to brace for the “yank.” The Telegraph later joked about this meeting calling it “the biggest display of dominance in the history of Canada” (Boult & Graham, 2017).

Other men are positioned by Trump and his representatives as weak, dangerous and less masculine men. Much like Chad, even though Trump has actually described his own participation in sexual assault, he positions other men as “bad” men who are the real sexual predators. Take for instance, his discussion of immigration from Mexico (which he ardently opposes) and people he proudly called “bad hombres:”

When Mexico sends its people, they’re not sending their best. They’re not sending you. They’re not sending you. They’re sending people that have lots of problems, and they’re bringing those problems with us. They’re bringing drugs. They’re bringing crime. *They’re rapists.* (Washington Post, 2015).

The identity of rapist is deflected from the white masculinity of the president and imposed upon male immigrants of color. President Trump, in casting immigrant men of color as rapists, exploits the gendered flexibility of identity afforded privileged groups (Bridges & Pascoe, 2014). He “mobilizes rape” distancing himself from his own sexually predatory behavior by projecting it on to other, less masculine men (Pascoe &

Hollander, 2016). His claim reflects a larger cultural practice in which the label of “rapist” is transferred to poor men and men of color, symbolically purifying white, middle class or educated men of this sort of undesirable behavior (Davis, 1983; Hondagneu-Sotelo & Messner, 1994; Messner, 1993; Collins, 2005; Harper, Wardell & McGuire, 2011).

This sort of rhetoric about dangerous racial/ethnic and national “others” is echoed throughout the Trump administration. Look at the words of James Mattis for instance, the Secretary of Defense, speaking about Operation Enduring Freedom four years into the conflict in 2005:

You go into Afghanistan, you got guys who slap women around for five years because they didn't wear a veil. You know, guys like that ain't got no manhood left anyway. So, it's a hell of a lot of fun to shoot them. (CNN, 2005).

Indeed, several years before his statement, a bomb was photographed on the USS Enterprise aircraft carrier in 2001 and was later dropped on Afghanistan. Scrawled on the side of it in spraypaint was the phrase “Hijack (sic) this fags” (Ducat, 2005). Presumably the members of the military who wrote that epithet did not think that the victims of the bomb were actual homosexuals, but sought to emasculate them with this homophobic epithet, much like Mattis did through framing them as men who were so unmasculine that they engaged in intimate partner violence.

Through these dominance practices, one establishes he is a “real man” by depriving others of masculinity – rendering them rapists, wife beaters, and perhaps simultaneously fags. This has the effect of bolstering one’s own masculinity, denying another of humanity and positions one as a “good guy.” If immigrants, men of color, Muslims are bad, failed men then white men who position them that way can make statements like this: “On International Women's Day, join me in honoring the critical role of women here in America & around the world” or this “I have tremendous respect for women and the many roles they serve that are vital to the fabric of our society and our economy” – both tweets issued by President Trump. Trump can make these claims precisely because failed masculinity is projected onto other men – men of different religions, nationalities and citizenship. These other men, they are the less masculine bad men. Trump, however, is a good man who values women.

In sum, Trump and Trumpists engage in similar processes of confirmation and repudiation I document among teenage boys – they position themselves as masculine through engaging in dominance practices over women and other men as well as repudiation practices that position other men as unmasculine failures.

Opposing Trumpism

As tempting as it may be in these contests over masculinity to assign a “bad” masculinity to Trump (much like Trump does to “bad hombres”) it is clear when seeking to find the answer the Guardian’s question, “Are you a Trump man or a decent man?” discourses of masculinity as dominance characterize anti-Trumpist sentiments as well. As indicated by Colbert’s comments about oral sex between Trump and Putin and his insults about Trump’s tiny hands it is clear that opposition to Trump is not outside of these contests over who is a “real man.” Rather they can deploy discourses of masculinity that mirror those expressed by the teenage boys at River High and by Trump himself. The opposition to Trumpism can take the form of confirming that one is a “real man” because of one’s good gender politics or by divesting Trump of his masculinity (much like Trump and his representatives do to other men). The anti-Trumpists engage in masculinity as dominance discourses in two ways – feminizing Trump and redefining “real men” to mean feminist men.

Colbert, for instance, is not alone in positioning Trump as gay. Examples of homophobic epithets lobbed at the president proliferate on social media. Take the following tweets for example:

@realDonaldTrump dude you’re a fag lol

Not even gonna read this article, but I dont think this dude could be anymore of a fag. “Bikers for Trump” (followed by two crying and laughing emojis).

Dude, You’re president already and still worried about Hillary. You’re a whole joke...you’re a fag!

It's doubtful that these tweeters (or the many out there like them, if informal observation of online homophobia is any indication) think Donald Trump or his motorcycle riding supporters are actually gay. It's doubtful, much like the teenage boys at River High, that this tweeter actually thinks Donald Trump is attracted to other men. Rather these are examples of a fag discourse in which men are called fags or gay because they are, or perhaps more precisely in this case, *to actively render them*, weak and unmanly.

Other anti-Trumpism critiques reflect the eroticized Trump/Putin relationship addressed by Colbert. One protest featured huge puppet of President Trump, his mouth wrapped around a ball gag. The sign below the puppet read "Putin's little bitch." A meme of a (fictional) Time Magazine cover reads depicts President Trump sitting with his back to and face turned toward the camera, wearing a bridal gown and veil. The headline reads "Russian Bride of the year." One protest sign at the International Women's March featured President Trump as an infant in diapers being held aloft by Putin. These are a few examples of the plentiful images of him as a bride, wife, or male sexual partner of Putin that suggest perhaps rather than trumping the bitch (as his supporters cry), Trump himself IS the bitch.

Similarly, it is difficult not to pick up on the theme of size in many of the images and jokes critiquing President Trump. Take for instance, the "Tiny Trump" series of memes. These images feature an image of Trump that is made artificially small placed in variety of scenarios: being dressed by Kelly Ann Conway, greeting Putin, talking with Barak Obama, stepping off his plane with a double thumbs up, signing orders in the oval office, greeting Justin Trudeau, talking with Anderson Cooper, golfing and being led around holding Obama's hand while wearing a toddler dress. As illustrated by Colbert, the jokes about "tiny hands" are ubiquitous. Signs at protest marches read "keep your tiny hands off my body" or "keep your tiny hands off all our rights." Some websites even offer plastic "tiny hands" for sale. This message about size is an attempt to emasculate Trump. Real, adult men are large. They are tall. They have large hands. They can physically hold their own and dominate others. If real men are large and dominating (and perhaps use that dominance to intimidate women as in the presidential debate) then Trump's opponents can emasculate him by bringing him down to size.

The anti-Trumpist framing of “real men” builds on this imagery of Trump as gay, emasculated, tiny, feminine and childlike. Anti-Trumpist messaging suggests that “real men” exhibit traits that Trump himself does not. As one truck bumper sticker reads: “Real Men Don’t Tweet,” referencing the president’s seeming fondness for early morning tweet missives. Much gender-ado was made of Trump’s particular manner of eating steak – well done with ketchup. Among the commentaries about this practice, was one tweet reading “Trump eats his steak well-done with ketchup?? Yeah, a real man’s man. Why even bother? Order some chicken you pansie-ass.” Other protest signs specifically define real men as feminist men, reading: “Strong women scare weak men;” “Strong men respect women;” “Men of quality do not fear equality;” “Real men don’t grope;” or “Real men don’t talk like that.” Real men, in other words, are feminist men.

The messages that “real men” support women’s equality is not limited to opposing this presidential administration, entire anti-violence campaigns are based on it. The *My Strength is Not For Hurting* anti-sexual assault campaign aimed at men, for example, encourages men to use their (presumed) strength for good (Masters, 2010; Murphy, 2009). This campaign aligns non-rapist men with a good masculinity through framing “real” and “strong” men as fundamentally different from (presumably weak and unmanly) rapists (Bridges & Pascoe, 2014). The recent “Real Men Don’t Buy Girls” campaign sought to shame men into not participating in sex trafficking. Similarly, participants in men’s *Walk a Mile in Her Shoes* marches, as Tristan Bridges’ research demonstrates, mock femininity even while advocating an end to gender-based violence (Bridges, 2010). Campaigns like this discursively separate “good” men who support gender equality from “bad” men who oppose it (Bridges & Pascoe, 2014). This framing also symbolically purifies men participating in these movements – rendering them in the words of the Guardian, “decent men.” However, this decent masculinity is predicated upon some of the same tactics it critiques, such as asserting dominance over other men by rendering them effeminate, childlike, gay or as failed men.

Conclusion

The causes and consequence of the election of Donald Trump are both deeply symbolic and devastatingly real. While Trump framed his “locker room talk” as “just words” as “things that people say,” this sort of talk undergirds what feminist scholars call “rape culture” in which symbolic violence, especially humorous symbolic violence, dehumanizes women, reducing them to sexual objects. Indeed, “locker room talk” itself might be a term with which to normalize gendered and sexual violence that frames much of the contemporary gender order in the west. The effects of Trump’s views on women (even apart from his policies that harm women) have been wide ranging. In fact, a study from the Wharton School of Business demonstrated through a series of lab-based experiments, a measurable “increase in men acting more aggressively toward women” (Huang & Low, 2017) after the presidential election.

It seems little wonder that when faced with this level of sexism and misogyny protesters oppose Trumpism precisely by critiquing the rageful masculinity at the heart of it. The left has used similar tactics elsewhere. When white, right-wing, male activists took over a federal nature preserve in rural Oregon, for instance, critics on the left sent them homoerotic fan fiction and dildos, intending to humiliate them precisely because of their homophobia and sexism. Instances like these are masculinity standoffs between those who are “mourning Mayberry” and those who have worked so hard to make sure that it stays a part of the American past.

These types of masculinity standoffs remind us that satire and protest are dicey issues. Feminist scholars studying anti-Trumpist movements warn that when we engage in resistance we need to be careful about what it looks like (Barber, 2017). They point out that perhaps unwittingly pro-feminist activism can actually reinscribe some of the problematic social order it seems to be critiquing, as is the case with some men’s movements against gender based violence (Bridges & Pascoe, 2014; Pascoe & Hollander, 2016). Gendered “resistance...is fraught with danger...sometimes it challenges the gender order and sometimes it seems to bolster it” (Pascoe, 2007, p. 15).

Perhaps the anti-Trumpists who draw upon discourses of masculinity as dominance may do better to focus activism on questioning the foundation

of a society that has required a particular form of masculinity from working class white men and then denied them the structural means to achieve it. The “deep story” told by Hochschild about the feelings of betrayal, sadness and attachment to a particular way of life by white, working class conservatives is instructive. Only by taking seriously the rage produced by economic inequality and the entitlement that constitutes whiteness can those who oppose political movements that serve to further disenfranchise multiple marginalized groups think about how to work against this form of masculinized dominance.

Such opposition entails focusing not on good men or bad men, but on the processes by which people are rendered good or bad men – the confirmation and repudiation processes documented here. It may be a delicious experience to use the tools of the dominant against those in power. It may provide a perverse sense of delight. But in the end, this gendered fight over what sort of nation the United States has been and will be needs to focus less on who is a “real men” and perhaps more on how these discourses of masculinity can reinscribe and exacerbate already existing gendered, classed and raced inequalities.

Notes

During United States, presidential elections, candidates customarily engage in a series of debates. In the 2016 presidential election, then candidates Hillary Clinton and Donald Trump continued this tradition.

References

- Autor, D., Dorn, D., & Hanson, G. (2017). When Work Disappears: Manufacturing Decline and the Falling Marriage-Market Value of Men. *NBER Working Paper No. 23173*. Retrieved from <http://www.nber.org/papers/w23173>
- Barber, K. (2017, April 12). Satire as Protest at the Women’s March [Web log post]. Retrieved from <https://gendersociety.wordpress.com/2017/04/12/satire-as-protest-in-the-womens-march/>
- Bayoumi, M. (2017, March 18). What is it with Trump and handshakes? This is getting awkward. *The Guardian*. Retrieved from

<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/mar/18/trump-handshakes-angela-merkel-awkward>

- Bordo, S. (2017). *The Destruction of Hillary Clinton*. Brooklyn: Melville House.
- Boult, A., & Graham, C. (2017, February 14). Justin Trudeau's handshake with Donald Trump the 'biggest display of dominance in the history of Canada'. *The Telegraph*. Retrieved from <http://www.telegraph.co.uk/news/2017/02/13/justin-trudeau-becomes-latest-world-leader-brave-trumps-awkward/>
- Bridges, T., & Pascoe, C. J. (2016). Masculinity, Inequality and the 2016 Presidential Election. *ASA Footnotes*, 44(8). Retrieved from <http://www.asanet.org/news-events/footnotes/dec-2016/features/sociologists-reflect-2016-presidential-election>.
- Bridges, T., & Pascoe, C. J. (2014). Hybrid masculinities: New directions in the sociology of men and masculinities. *Sociology Compass*, 8(3), 246-258. DOI: [10.1111/soc4.12134](https://doi.org/10.1111/soc4.12134)
- Bridges, T. (2010). Men Just Weren't Made To Do This. Performances of Drag at "Walk a Mile in Her Shoes" Marches. *Gender & Society*, 24(1), 5–30. doi: [10.1177/0891243209356924](https://doi.org/10.1177/0891243209356924)
- Cahill, A. (2001). *Rethinking Rape*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Carlson, J. (2015). *Citizen-Protectors: The Everyday Politics of Guns in an Age of Decline*. New York, NY: Oxford University Press.
- CNN. (2005, February 4). General: It's "fun to shoot some people." *CNN*. Retrieved from <http://www.cnn.com/2005/US/02/03/general.shoot/>
- Collett, P. (2017, February 15). What does Donald Trump's handshake say about him? *The Guardian*. Retrieved from <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/feb/15/trump-yank-shake-us-president-handshakes-self-serving>
- Collins, P. H. (2005). *Black Sexual Politics: African Americans, gender, and the new racism*. New York: Routledge.
- Connell, R. (2012). Masculinity Research and Global Change. *Masculinities and Social Change*, 1(1), 4-18. doi: [10.4471/mcs.2012.01](https://doi.org/10.4471/mcs.2012.01)
- Connell, R. (2011). *Confronting Equality: Gender, Knowledge and Global Change*. Cambridge: Polity.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Stanford: Stanford University Press.

- Davis, A. (1983). *Women, Race, & Class*. New York: Vintage Books.
- Ducat, S. (2005). *The Wimp Factor: Gender Gaps, Holy Wars, and the Politics of Anxious Masculinity*. Boston: Beacon.
- Dworkin, A. (1991). *Pornography: Men Possessing Women*. New York: Plume.
- Harper, S. R., Wardell, C. C., & McGuire, K. M. (2011). Man of multiple identities: Complex individuality and identity intersectionality among college men. In J. A. Laker & T. Davis (Eds.), *Masculinities in higher education: Theoretical and practical considerations* (pp. 81-96). New York: Routledge.
- Hoang, K. (2015). *Dealing in Desire Asian Ascendancy, Western Decline, and the Hidden Currencies of Global Sex Work*. Oakland, CA: University of California Press.
- Hochschild, A. R. (2016). The Ecstatic Edge of Politics: Sociology and Donald Trump. *Contemporary Sociology*, 45(6), 683-689. doi: [10.1177/0094306116671947](https://doi.org/10.1177/0094306116671947)
- Hondagneu-Sotelo, P., & Messner, M. (1994). Gender displays and men's power: The 'new man; and the Mexican immigrant man. In H. Brod & M. Kaufman (Eds.), *Theorizing Masculinities* (pp. 210-218). New York: Sage Publications.
- Huang, J., & Low C. (2016). Trumping Norms: Lab evidence on aggressive communication before and after the 2016 US presidential election. [Unpublished paper]. Retrieved from http://assets.wharton.upenn.edu/~corlow/HuangLow_PP.pdf
- Jaggar, A. (1983). *Feminist Politics and Human Nature*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Jeffreys, S. (1999). Globalizing sexual exploitation: Sex tourism and the traffic in women. *Leisure studies*, 18(3), 179-196. doi: [10.1080/026143699374916](https://doi.org/10.1080/026143699374916)
- Kaufman, S. L. (2016, October 10). Why was trump lurking behind Clinton? How Body Language Dominated the Debate. *The Washington Post*. Retrieved from https://www.washingtonpost.com/news/arts-and-entertainment/wp/2016/10/10/why-was-trump-lurking-behind-clinton-how-body-language-dominated-the-debate/?utm_term=.19a7addcf106

- Kehily, M. J., & Nayak, A. (1997). 'Lads and laughter': humour and the production of heterosexual hierarchies. *Gender and Education*, 9(1), 69-88. doi: [10.1080/09540259721466](https://doi.org/10.1080/09540259721466)
- MacKinnon, C. A. (1989). *Toward a Feminist Theory of the State*. Harvard University Press.
- Masters, T. (2010). "My strength is not for hurting:" Men's anti-rape websites and their construction of masculinity and male sexuality.' *Sexualities*, 13(1), 33-46. doi: [10.1177/1363460709346115](https://doi.org/10.1177/1363460709346115)
- Messner, M. (1993). "Changing men" and feminist politics in the United States. *Theory and Society*, 22(5), 723-737. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/657993>
- Murphy, M. (2009). Can men stop rape? Visualizing gender in the "my strength is not for hurting" rape prevention campaign. *Men and Masculinities*, 12(1), 113-130. doi: [10.1177/1097184X09331752](https://doi.org/10.1177/1097184X09331752)
- Pascoe, C. J., & Hollander, J. A. (2016). Good Guys Don't Rape: Gender, domination, and Mobilizing Rape. *Gender & Society*, 30(1), 67-79. doi: [10.1177/0891243215612707](https://doi.org/10.1177/0891243215612707)
- Pascoe, C. J. (2007). *Dude, You're a Fag*. Berkeley: University of California Press.
- Peirce, J. (1995). *Gender Trials: Emotional Lives in Contemporary Law Firms*. Berkeley: University of California Press.
- Penny, L. (2017, April 10). Are You a Trump Man or a Decent Man? Time to Choose. *The Guardian*. Retrieved from <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/apr/10/trump-man-aggression-towards-women-us-election>
- Rich, A. (1980). Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence. *Signs*, 5(4), 631-660. doi: [10.1086/493756](https://doi.org/10.1086/493756)
- Rosenfeld, J., Denice, P., & Laird, J. (2016). *Union Decline Lowers Wages of Nonunion Workers*. Retrieved from <http://www.epi.org/publication/union-decline-lowers-wages-of-nonunion-workers-the-overlooked-reason-why-wages-are-stuck-and-inequality-is-growing/>
- Salzinger, L. (2016) Re-Marking Men: Masculinity as a Terrain of the Neoliberal Economy. *Critical Historical Studies*, 3(1), 1-25. doi: [10.1086/685553](https://doi.org/10.1086/685553)

- Shierholz, H. (2013). *The Wrong Route to Equality – Men's Declining Wages*. Retrieved from <http://www.epi.org/publication/wrong-route-equality-mens-declining-wages/>
- Suebsaeng, A. (2015, August 8). 'You Have to Treat 'Em like Shit': Before Megyn Kelly, Trump Dumped Wine on a Female Reporter. *Daily Beast*. Retrieved from <http://www.thedailybeast.com/articles/2015/08/08/you-have-to-treat-em-like-shit-before-megyn-kelly-trump-dumped-wine-on-a-female-reporter>
- The New York Times. (2016, October 8). Transcript: Donald Trumps Taped Comments about Women. *The New York Times*. Retrieved from <https://www.nytimes.com/2016/10/08/us/donald-trump-tape-transcript.html>
- Washington Post. (2015, June 16). Full text: Donald Trump announces a presidential bid. *Washington Post*. Retrieved from <https://www.washingtonpost.com/news/post-politics/wp/2015/06/16/full-text-donald-trump-announces-a-presidential-bid/>
- Williams, R. (2017, March 17). Donald Trump refuses to shake Angela Merkel's hand. *The Independent*. Retrieved from <http://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/donald-trump-angela-merkel-shake-hand-refuse-a7635911.html>

C. J. Pascoe is Associate professor in Department of Sociology at the University of Oregon, United States.

Contact Address: Direct correspondence to C.J. Pascoe, Department of Sociology, Main Office, 720 PLC, 1291 University of Oregon, Eugene, OR, United States, email: cpascoe@uoregon.edu

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Masculinidad, Socialización y Justificación de la Violencia de Género. El Caso de la Región de la Araucanía (Chile)

Juan Carlos Peña Axt & Loreto Arias Lagos¹
Felipe Sáez Ardura²

1) Universidad Autónoma de Chile, Chile

2) Universidad de la Frontera, Chile

Date of publication: June 21st, 2017

Edition period: June 2017 - October 2017

To cite this article: Peña Axt, J., Arias Lago, L., Sáez Ardura, F. (2017). Masculinidad, Socialización y Justificación de la Violencia de Género. El Caso de la Región de la Araucanía (Chile). *Masculinidades y Cambio Social*, 6(2), 142-165.

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2017.2235>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Masculinidad, Socialización y Justificación de la Violencia de Género. El Caso de la Región de la Araucanía (Chile)

Juan Carlos Peña Axt
Universidad Autónoma de Chile
Felipe Sáez Ardura
Universidad de la Frontera

Loreto Arias Lagos
Universidad Autónoma de Chile

Resumen

La violencia de género se constituye como una de las mayores problemáticas sociales y de salud pública de los últimos años. La literatura científica propone que esto se debe a una percepción de pérdida del poder por parte de los hombres sobre las mujeres (Kimmel, 2008): situación que no hace más que aumentar el número de mujeres víctimas de violencia de género, muchas de ellas a ser asesinadas, tanto por parejas o ex parejas, como por otros hombres. Ahora bien, ¿cuáles son las percepciones respecto a la violencia de género de los hombres? ¿Existen mecanismos de naturalización y justificación de la violencia de género en una relación de pareja por parte de los hombres? ¿Cómo se caracteriza la construcción de la masculinidad en estos hombres? Este trabajo aborda estos interrogantes a partir estudio cuantitativo realizado en 2015 en tres de las comunas con más alto número de denuncias por violencia de género de la región de la Araucanía (Chile): Puerto Saavedra, Chol-chol y Lumaco. Los resultados indican que los hombres justifican la violencia de género por el abuso de drogas, así como por sus percepciones, creencias y estereotipos asociados al modelo de masculinidad hegemónica (Kimmel, 2000; Conell 2005) y al modelo tradicional en las relaciones de pareja (Gómez, 2004).

Palabras clave: socialización, masculinidad hegemónica, masculinidad tradicional, violencia de género.

Masculinity, Socialization and Justification of Gender Violence in men of the Region of Araucanía (Chile)

Juan Carlos Peña Axt
Universidad Autónoma de Chile
Felipe Sáez Ardura
Universidad de la Frontera

Loreto Arias Lagos
Universidad Autónoma de Chile

Abstract

Gender violence is established as one of the biggest social problems and public health in recent years. The scientific literature suggests that this is due to a perceived loss of power by men over women (Kimmel, 2008): this situation does nothing but increase the number of women who are victims of violence and worse are killed by their partners or former partners. Now, what are the perceptions of men about gender violence? Are there mechanisms for naturalization and justification of gender violence in a relationship by men? How the construction of masculinity characterized these men? This paper addresses these questions from quantitative study in three of the counties with the highest number of complaints of gender violence in the region of Araucanía: Puerto Saavedra, Chol-chol and Lumaco, in 2015. The results indicate that men justify violence by drug use, as well perceptions, beliefs and stereotypes associated present a model of hegemonic masculinity (Kimmel, 2000; Connell 2005) and a traditional model relationships (Gómez, 2004).

Key words: socialization, hegemonic masculinity, traditional masculinity, gender violence.

Este artículo muestra parte de los resultados obtenidos de una investigación cuantitativa llevada a cabo en el año 2015¹ cuyo propósito fue realizar una caracterización del modelo de masculinidad predominante en las tres comunas con mayores índices de violencia contra las mujeres en la región de la Araucanía, Chile: Lumaco, Chol Chol y Puerto Saavedra. La región de la Araucanía tiene indicadores de vulnerabilidad social más altos que otras regiones del país como por ejemplo un porcentaje mayor de población en situación de pobreza; mayores indicadores de deserción escolar, etc. (MDS-Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional, CASEN, 2013). Además, la región posee otros factores de riesgo asociados a la violencia como una alta tasa de consumo de alcohol y alcoholismo (Servicio Nacional para la Prevención y la Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol SENDA, 2016). Para cumplir con el objetivo de la investigación se parte de la premisa teórica y ética de que la violencia de género siempre es culpa del agresor y jamás de la víctima (Flecha, Puigvert & Ríos, 2013). Esto implica que el estudio estará basado única y exclusivamente en comprender cómo funcionan las masculinidades con respecto a la socialización y justificación de la violencia de género y no en investigar si las mujeres justifican o no la violencia de género que reciben

Socialización de Género, Masculinidad y Violencia de Género

La masculinidad desde una perspectiva tradicional, se comienza a estudiar a partir del trabajo de Simone Beavouir en la década de los 50 (Beavouir, 2001). Ella plantea que el género es una construcción social producto de la socialización diferenciada que reciben mujeres y hombres. Según este análisis de socialización, los hombres son sometidos a mayores presiones que las mujeres, por el continuo refuerzo social de la virilidad (Connell, 2005; Kimmel, 2008; Seidler 1994, 2006; Gilmore, 1994). Este continuo refuerzo de la virilidad se traduce en una insesante desigualdad de poder entre hombres y mujeres. Ello además provoca una consolidación del modelo de dominación de los hombres sobre las mujeres. Esta masculinidad socializada se denomina masculinidad hegemónica (Connell, 2005). A partir de los análisis centrados en la socialización de los hombres se comienza a poner de relieve una discusión sobre la masculinidad en la comunidad científica, diferenciando entre masculinidad tradicional o

masculinidad hegemónica (Connell, 1987 y 2005; Seidler, 1994; Kimmel, 1996; Mac an Ghaill, 1996; Gómez, 2004).

Estos procesos de socialización forman parte del conjunto de las sociedades occidentales, y según Tjeder (2010), la construcción de la ciudadanía se realiza entre un dominio masculino y una misoginia oculta que se traduce en violencia, presente en multitud de esferas sociales, como la política, el arte y hasta la literatura (Tjeder, 2010; Bourdieu, 2010). Según Tjeder (2010) la construcción de la ciudadanía en las sociedades occidentales y la ocultación de lo femenino traen como consecuencia que las mujeres quedaran fuera de toda la vida social y además que se les asignaran una serie de estereotipos como el de esposa leal. Sólo a comienzos del siglo XX con los primeros movimientos feministas, las mujeres comienzan a ganar terreno, logrando que se las considerara como ciudadanas incluidas en toda la vida social. Sin embargo, los estereotipos que versan sobre las mujeres continúan muy presentes tanto en las relaciones de pareja, como en los procesos de socialización (Tjeder, 2010; Salinas y Arancibia, 2006). Esto se traduce en que, a pesar de las transformaciones en el plano netamente discursivo, no se observan cambios realmente efectivos en la vida cotidiana de las mujeres y hombres (Salinas y Arancibia, 2006; Oliver y Valls, 2004)

Para Bourdieu (2010) el orden social es impuesto a través de mecanismos históricos basados en la división sexual biológica, lo que provoca que lo masculino parezca como neutro, y por ello no tiene la necesidad de una constante legitimación discursiva, por ejemplo a través de la división sexual del trabajo y la distinción entre espacio público y privado. Considerando la concepción del género como construcción cultural, la violencia de género no es un problema de la naturaleza sexual de las relaciones entre machos y hembras, sino un fenómeno histórico, producido y reproducido por las estructuras sociales de dominación de género y reforzado por la ideología la cual los sujetos tienden a reproducir (Cantera, 2007; De Alencar-Rodríguez y Cantera, 2012). Estas afirmaciones demuestran que las tendencias de dominación no están inscritas en la naturaleza masculina, sino que se aprenden mediante la socialización (Alberdi, 2005). Con ello la masculinidad hegemónica o tradicional concibe a la mujer como un ser inferior al cual se ha de dominar. Por lo tanto, la violencia es como pauta de control y sometimiento de la mujer (Cantera, 2007). De esta descripción, cabe destacar que el maltrato está relacionado

con el control, no por el hecho de perderlo, sino por ejercerlo para así dominar a la mujer maltratada (Mullender, 2000; Cantera, 2007).

Tal como se ha mencionado la violencia en contra de las mujeres es consecuencia de la masculinidad hegemónica (Villaseñor-Farías, 2003). Investigaciones recientes demuestran que el modelo hegemónico o tradicional de masculinidad está también presente en las interacciones entre jóvenes sobre mujeres que se muestran seguras. Korobov (2010) demuestra que los hombres construyen la masculinidad y sienten vulnerabilidad ante mujeres que son más seguras que ellos. Esta construcción de violencia en vez de ser a través de la afirmación del macho héroe, se construye a través de la violencia y desprecio de las mujeres que se muestran seguras. Es decir, los hombres al sentirse vulnerables frente a las mujeres que se presentan seguras, las ignoran, las insultan. Esto porque prefieren mujeres que se acerquen al modelo tradicional o a los estereotipos de género tradicionales.

Según Connell (2005), la masculinidad ha sido construida socialmente y ha permitido a los hombres someter a las mujeres de forma tal que los hombres puedan hacer perdurar su poder. Connell (2005) agrega, que este tipo de masculinidad (la hegemónica) va más allá y que no significa solo ejercer la dominación, sino que intenta legitimar el poder masculino a través de organizaciones sociales y la propia cultura, refiriéndose a que el dominio de la masculinidad está adaptándose y transformándose para poder perdurar (Connell, 2005).

Por lo que respecta a la masculinidad las muestras de virilidad y violencia son las principales características en las que se socializan los hombres (Connell, 2005; Rodríguez, 2015; Kimmel, 2008; Kaufman, 1994; Bozkurt et al., 2015; Fuller, 2001). La cultura es la que incide directamente en este tipo de conductas, facilitando que se asocie este tipo de comportamientos a elementos biológicos en vez de ser determinados socialmente, los que además se resaltan con la aparición del capitalismo (Kimmel, 2000; Fuller, 2001). Mead (1982) establece que las diferencias de género se acentúan y se naturalizan a través del aprendizaje señalando que una reacción masculina violenta entre los jóvenes se asume con mucha naturalidad, cuando en realidad es un comportamiento aprendido. Beavouir (2001) señala que el hombre aprende a ser un sujeto activo y generador de vida mientras que por otro lado las mujeres se convierten en sujetos pasivos. Butler (2007), sostiene que la identidad de género es un elemento

cultural que se ha configurado a lo largo de la historia, el cual ha terminado por institucionalizar las diferencias de género, siendo asignado a las personas desde el momento de su nacimiento (Butler, 2007; Kaufman, 1994, 2008).

El concepto de masculinidad hegemónica se comienza a utilizar a partir de Connell (1987), sobre la base de la construcción de una teoría social compleja en la se cual plantea cómo lo masculino ha sido construido socialmente sobre lo femenino a través de procesos socializadores que tienen en común muestras de virilidad y violencia. En esta propuesta teórica existen, además del modelo hegemónico, otros tres modelos de masculinidad que quedan sometidos al modelo hegemónico de masculinidad: la masculinidad subordinada, la masculinidad cómplice y la masculinidad marginada. El modelo hegemónico de masculinidad ha ido evolucionando y actualmente se entiende como el modelo de hombre exitoso, atractivo, seguro y capaz de dominar cualquier tipo de situaciones (Connell, 2005; Kimmel, 2008). Al ser considerado un modelo de masculinidad exitoso, son los propios hombres quienes acaban por reproducir de manera mucho más contundente el modelo de masculinidad hegemónica validada a través de la violencia (Connell, 2005; Bozkurt et al, 2015; Anwary, 2015).

En Chile, las investigaciones también han demostrado que existe un modelo dominante de masculinidad (Valdez y Olavarría, 1998; Olavarría, 2003 y 2005; Ezzatti, 2009). Este tipo de masculinidad no solo es visible en la capital Santiago (Valdez y Olavarría, 1998), sino que además lo es en otros espacios geográficos nacionales. Así lo demuestran investigaciones realizadas en ciudades como Calama (Barrientos, Salinas y Meza, 2009; Salinas, Barrientos y Rojas, 2012; Silva y Espinoza-Tapia 2014; Salinas y Barrientos, 2011). Barrientos et al (2009) tienen como objetivo demostrar que en espacios de diversión masculina, existen relaciones de género discriminatorias hacia las mujeres y de reproducción de elementos propios de la masculinidad hegemónica. Salinas et al (2012) orientan su investigación hacia el discurso discriminatorio dirigido a mujeres que trabajan en espacios de diversión de trabajadores mineros. Silva y Espinoza-Tapia (2014) por su parte, en una investigación realizada a jóvenes de 15 a 19 años en el norte del país, establecen los procesos de subjetivación de la masculinidad a través de la socialización, donde la masculinidad hegemónica es absolutamente dominante tal y como lo

demostraban los estudios anteriormente señalados. Por otro lado, la investigación de Valdés (1988) sobre la constitución de identidades masculinas en Chile, muestra diferencias en la representación del yo en el mundo popular o clases bajas y en el de las clases medias; en el primero no existe cuestionamiento de la identidad y se define al hombre como “autoridad” en el hogar, el jefe y proveedor. En contraste, la identidad de género en hombres de clase media si se encuentra bajo cuestionamiento, y la definición de lo masculino se sustenta en el ser “activo”, desafiante en el medio, conquistador y exitoso (Montesinos, 2010). En este sentido ambas concepciones “autoridad” y “activo” se relacionan con el modelo tradicional de masculinidad, y por tanto ambas contribuyen a reproducir la violencia de género. Dentro del ámbito educativo existen estudios que demuestran la existencia del modelo de masculinidad tradicional se reproduce. Ezzatti (2009) afirma que dentro del espacio educativo nacional se continúa reproduciendo prácticas educativas asociadas a la sumisión de las mujeres y a una proyección violenta de la masculinidad a través de un macho agresivo, además describe el modelo de masculinidad excluida (Ezzati, 2009). Ramírez y Contreras (2012) en una escuela rural de la región de la Araucanía y dirigida a niños de entre los 8 y 13 años reflejan que existen imágenes masculinas tradicionales, al mismo tiempo que para ellos ser mujer es estar en una situación de inferioridad respecto a su posición.

Metodología

La siguiente investigación corresponde a un estudio cuantitativo descriptivo de carácter no experimental con una recogida de datos de corte transeccional. La selección de las comunas participantes del estudio, corresponden a las que poseen mayores índices de violencia contra las mujeres. La Región de La Araucanía (Chile) en el año 2014 presenta un total de 498.646 mujeres entre sus habitantes (INE, 2015). Durante ese año se realizaron 7.061 denuncias por violencias contra la mujer (Fiscalía de Chile, 2015). Las comunas seleccionadas para el estudio, y que presentan las tasas de violencia² más significativas en la región son: la comuna de Puerto Saavedra, con una tasa de 183,48 denuncias por violencia intrafamiliar contra la mujer por cada 10 mil habitantes (mujeres); continua la localidad de Chol Chol con una tasa de 198.76 denuncias y por último la

comuna Lumaco, que presenta una tasa de 199.05 denuncias por violencia intrafamiliar contra la mujer.

La muestra estudiada corresponde a 471 hombres de las comunas mencionadas. La distribución de la muestra fue la siguiente: en la comuna de Puerto Saavedra un 35,5% de la muestra; en la comuna Chol- Chol un 32,5% de los sujetos; y en la comuna de Lumaco 32,1%. La selección de la muestra se realizó a través de un muestreo no probabilístico intencionado por cuotas. Este tipo de muestreo da al investigador mayor capacidad de decisión en el momento de aplicar los criterios inclusión en la muestra (Canales, 2006). Para esta investigación los criterios definidos fueron: Hombre mayor de 18 años hasta los 60 años; Habitante de las comunas seleccionadas para la investigación: Lumaco, Chol Chol y Puerto Saavedra; Las cuotas fueron establecidas en relación a la variable edad y fueron construidas de la siguiente forma: 34,7% de los sujetos encuestados se encontraba en el rango de 18 a 29 años; 19,4% se ubicó entre 30 a 39 años; 18,3% de los hombres entre los 40 a 49 años; 17,4% entre los 50 y 59 años; finalmente, el 10,2% de los sujetos corresponde a individuos de 60 y más años de edad.

Las variables de caracterización de la muestra tipo de actividad y pertenencia a un pueblo originario, indican que un 32,5% de la distribución declara pertenecer a la etnia mapuche mientras que un 67% afirma ser chileno. En cuanto a la situación laboral un 76,2% de los hombres se encontraba trabajando, mientras que un 11,9% se encontraba en el paro, un 7,2% en situación de estudiante y un 10% realizando otras actividades o simplemente ninguna.

Respecto al instrumento de recolección de datos, estuvo constituido por 37 preguntas cerradas. La aplicación se realizó en las comunas seleccionadas cara a cara por encuestadores/as, siguiendo criterios éticos como la participación voluntaria y la confidencialidad de los sujetos participantes. El análisis de datos, se realizó a través de estadísticas descriptivas para tener un acercamiento más o menos general sobre la situación de los hombres y los modelos de masculinidad en las comunas seleccionadas. En ella se identificaron elementos asociados a los estereotipos de género, justificación del uso de la fuerza, y creencias asociadas a masculinidades. Si bien es una encuesta no representativa, la aplicación del instrumento permitió tener un acercamiento del modelo masculinidad dominante y sus principales características.

Resultados

A continuación, se presentan los principales resultados de la aplicación de la investigación. Los resultados se muestran poniendo atención en la percepción de la violencia (tanto física como psicológica), así como en los elementos vinculados a los mecanismos de control y justificación de la violencia. Todo ello desde el punto de vista de los hombres participantes en el estudio.

Violencia de Género

Según los resultados obtenidos, los encuestados perciben como la causa principal de la violencia de género hacia las mujeres el consumo de alcohol y/o drogas en un 44,7% de los casos. Como segunda causa, un 28% de los encuestados vinculan la violencia de género contra las mujeres a la naturaleza violenta e impulsiva de los hombres y agrupa el 28% de las respuestas. Y un dato no menor indica que para el 3,4% de los participantes, son las mujeres quienes buscan que las agredan (ver [Tabla 1](#)).

Respecto a la pregunta que indaga sobre la opinión que tienen los encuestados respecto de “otro” hombre que golpea a una mujer (Ver [Tabla 2](#)), el 58,4% piensa que éste es un cobarde, es decir, condenan los actos de violencia física de forma abierta. Por el contrario, los resultados arrojan que un 8,5% ven con buenos ojos las agresiones a las mujeres, justificando el uso de la violencia por lo que excusan los actos violentos de otros, hacia sus parejas. Los motivos para justificar la violencia de género son el respeto que debe inculcar un hombre, y la existencia de razones justificadas (asociadas a alguna falta o fallo en la conducta de la mujer).

Tabla 1

¿Causas a las que se atribuye la violencia de género?

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Agresividad e impulsividad de hombres	132	28,1
Consumo de drogas y/alcohol	210	44,7
Problema psicológico del hombre	58	12,3
Mujeres buscan que las agredan	16	3,4
Desigualdad contra las mujeres	23	4,9
Todas las anteriores	19	4
Otras	12	2,6
Total	470	100%

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

Tabla 2

¿Qué piensa de un hombre que golpea a una mujer?

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Es un cobarde	275	58,4
Es un hombre enfermo	144	30,6
Se da a respetar	10	2,1
Es por una razón justificada	30	6,4
Otra	12	2,5
Total	471	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

Violencia Física

En cuanto a la violencia física según los resultados obtenidos por la encuesta, más de la mitad de los encuestados dice haber presenciado en alguna ocasión un acto de violencia física contra una mujer en una pareja (50,5%). Al ser consultados sobre la actitud que tuvieron al respecto (ver [Gráfico 1](#)), un 44,3% dicen haber defendido a la víctima, y un 10,1% denunció a las autoridades, por tanto un 54,3% de los encuestados ayudaron a la víctima mediante una acción relevante. Por otro lado, encontramos que el porcentaje restante de hombres encuestados aseguran que adoptaron una

actitud pasiva decidiendo no apoyar a la víctima. En este porcentaje se divide entre quiénes sólo observaron (27%), los que eligieron no intervenir e ignorar (13,9%), y a los que abiertamente les fue indiferente la situación (3,4%) arrojando un total de 44,3% del total de los encuestados.



Gráfico 1. Actitud o acción adoptada por quienes presenciaron un acto de violencia de género. Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015.

Respecto a la pregunta ¿Cuáles son las causas por las que un hombre golpea a su pareja? (ver [Tabla 3](#)), la principal causa según encuestados es el consumo de alcohol (30,4%). Este porcentaje coincide con uno de los indicadores antes mencionados que se relaciona con el alto consumo de alcohol en la región (SENDA, 2016). Así mismo, los encuestados asocian la violencia física al consumo de drogas con un 12,8%, sumando entre ambos porcentajes (alcohol y drogas) un 43,2% del total de la muestra. Por otro lado, el 20,4% de los encuestados cree que los hombres golpean a las mujeres porque fueron víctimas de violencia cuando niños. Un porcentaje similar es el que plantea que los hombres golpean a las mujeres por problemas psicológicos (19,8). Por último, el 10,6% de los encuestados asocia la violencia de género a elementos como la impulsividad.

Tabla 3

Causas por las que un hombre golpea a una mujer

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Consumo de drogas	60	12,8
Consumo de alcohol	143	30,4
Problemas psicológicos	93	19,8
Impulsividad	50	10,6
Porque fue víctima de VIF	96	20,4
Otra	28	6
Total	470	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

Violencia Psicológica

En el apartado de violencia psicológica frente a la pregunta ¿Considera que hacer descalificaciones a la pareja es violencia? (ver [Tabla 4](#)), un 81,5% de los encuestados asume que emitir descalificaciones a la pareja son actos de violencia psicológica. Sin embargo, un porcentaje importante de hombres justifica este tipo de conductas, ya sea porque no lo consideran violencia (8,7%) o porque los hombres validan esta forma de agresión dependiendo de las circunstancias en las que ocurren (6,6%). Es decir que para el 15,3% de los encuestados el tipo de descalificaciones antes descritas no se constituyen como violencia de género.

Tabla 4

¿Considera que hacer descalificaciones a la pareja es violencia?

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Si	384	81,5
No	41	8,7
No lo sé	13	2,8
Depende de las circunstancias	31	6,6
Otra	2	0,4
Total	471	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

En cuanto al acoso callejero, un 41,7% de la distribución de los encuestados, sostiene la creencia de lo normal o natural que resulta ser que un hombre se insinúe a una mujer en la calle. Dividiéndose entre quienes afirman que es normal hacerlo ya que no tiene nada de malo (28,9%), y los que creen que la mujer no se debería molestar con un acto así. Por el contrario, el 52% de los hombres encuestados califican las insinuaciones como un acto incorrecto. Dividiéndose entre los que por un lado considera que no se debe hacer debido a un respeto que se les debe tener a las mujeres (24,5%), los que creen que nadie tiene derecho a molestar en la calle (7,7%), y finalmente los que catalogan directamente de acoso sexual callejero (19,8%).

Violencia Sexual

Considerando la opinión de los sujetos respecto a las mujeres que viven su sexualidad de forma libre, sin compromiso hay tres tendencias marcadas (Ver [Gráfico 2](#)). Un 34,4% de los encuestados señalan que la sexualidad libre de una mujer se asocia a una escasa o nula valoración como persona. Por otro lado, que un 37,8% de los encuestados afirma que mujeres que llevan una vida sexual libre sin compromisos, merecen el mismo valor y respeto que todas. Por último, para el 27,8% de hombres a los que les resulta indiferente la vida sexual de una mujer.



Gráfico 2. Lo que piensan los hombres de mujeres que viven libremente su sexualidad, sin relaciones de compromiso. Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015.

Respecto a la prevención de un embarazo, un 81,9% de los hombres encuestados cree que si una mujer no desea un embarazo, ambos deben tomar las precauciones. En sentido contrario, un 16,6% afirma que debe ser responsabilidad exclusiva de la mujer tomar las precauciones correspondientes. Cuando fueron consultados respecto del momento de tener relaciones sexuales, el 89% de los encuestados sostiene deben existir cuando ambos integrantes de la pareja están de acuerdo. Por el contrario, un 8,5% de los encuestados afirma de se debe tener relaciones sexuales cuando alguno de los dos lo desee y un 1,5% de los encuestados afirman de basta con que el hombre desee tener relaciones sexuales para que suceda.

Mecanismos de Control

Otros de los apartados de la encuesta hacen referencia a los controles que se ejercen sobre la pareja mujer. En relación a la pregunta sobre control que se ejerce un hombre sobre la pareja, un 68,4% de los encuestados afirma que debe estar en conocimiento absoluto de lo que hace su pareja. Este porcentaje dividido entre quienes justifican a través de la comunicación que debe existir en la pareja (39,1%), un sostiene que sólo por preocupación (17,2%) y por último por el hecho de ser hombre debe saber en todo momento que hace su pareja (12,1%). En contraste a lo anterior, solamente un 27,9% de los encuestados cree que no es necesario, debido a que las personas necesitan privacidad.

Tabla 5

¿Cree que el hombre debe saber en todo momento lo que hace su pareja?

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Sí , en todo momento	57	12,1
Sí, pero solo por preocupación	91	17,2
Sí, por confianza	184	39,1
No, por privacidad	131	27,9
No me interesa	15	3,2
Otra	2	0,4
Total	471	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

Al ser consultados por la libertad de salir con quien a ellas les parezca bien, el 60,5% de los encuestados afirman que sus parejas tienen total libertad de salir con amigos/as si desean hacerlo. De forma muy distinta, un 35,7% de la distribución, condicionan de una u otra forma las salidas de sus parejas con amigos o amigas. Por ejemplo, el 4,7% que afirman que sus parejas pueden salir sólo con mujeres, además un 24,2% dicen que si sus parejas quieren salir deben pedirles autorización. De forma más extrema, un 2,8% de hombres creen que sus parejas no deben salir porque no se ve bien dado su condición de mujeres, y finalmente un 4% afirman que sus parejas no deben salir, porque descuidarían las labores del hogar.

Un elemento relevante del instrumento hace referencia a los celos en la relación de pareja (ver [Gráfico 3](#)). Al averiguar respecto a las percepciones frente a los celos en una relación, un 60,1% de los encuestados los aprueba, sea porque son normales (29,5%), porque están bien cuando hay motivos (26,1%), o porque simplemente son sanos para una relación (4,5%). En contraste lo anterior, un 39,5% de hombres rechazan los celos en las relaciones, debido a que los consideran dañinos.

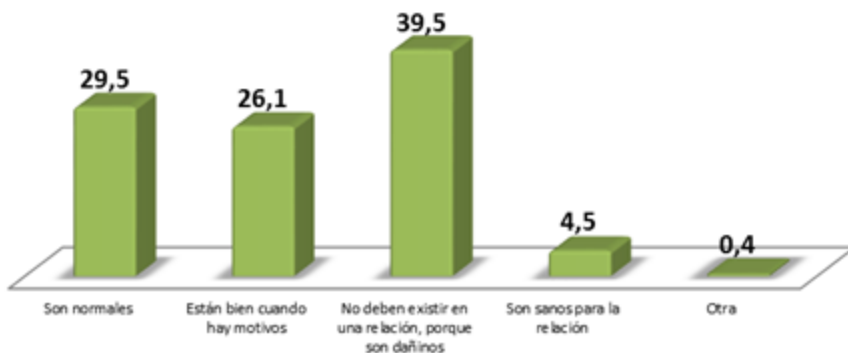


Gráfico 3. ¿Qué piensan los hombres de los celos en una relación? Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015.

Justificación y Uso de la Violencia

Frente a la pregunta ¿por qué cree usted que una mujer debe tolerar la violencia? (Ver [Tabla 6](#)), del total de encuestados el 75,7%, cree que la mujer no debería tolerar la violencia por parte de su pareja. Sin embargo, un considerable 23,6% de los hombres afirma que una mujer sí debería tolerar la violencia por parte de su pareja. Entre las razones válidas para éstos se encuentran: por su familia e hijos (12,3%), porque el hombre es el que manda (1,3%), porque no puede sustentarse sola (1,9%), porque una mujer nunca podría enfrentarse al hombre (5,3%), y porque es parte de las relaciones de pareja (2,8%).

Tabla 6

Razones por las que una mujer debería tolerar la violencia

Variables	Frecuencia	Porcentaje
Familia e hijos	58	12,3
El hombre es quien manda	6	1,3
No puede sustentarse sola	9	1,9
No puede enfrentar a un hombre	25	5,3
Es parte de las relaciones de pareja	13	2,8
No debería tolerarlo	356	75,7
Otra	3	0,6
Total	470	100

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos obtenidos en las encuestas aplicadas durante 2015

Considerando la pregunta ¿Usted ha insultado en alguna ocasión a su pareja?, un 60,2% de los hombres encuestados afirma nunca haber insultado a su pareja. Sin embargo, 38,9% de los hombres reconoce hacerlo. Dentro de este porcentaje se encuentra un 22,7% de hombres que reconoce insultar en ocasiones reiteradas a su pareja; están los que insultan cuando discuten (17,2%), cuando ella le insulta (5,1%), o abiertamente la insultan constantemente (0,4%).

Respecto a la violencia física, un 88,9% de los hombres encuestados afirma nunca haber golpeado su pareja, cifra importante frente a un 10,2% de los encuestados que reconoce si haberlo hecho. Dentro de este porcentaje se encuentra un 3,2%, que afirma golpear en ocasiones reiteradas a su

pareja; entre ellos se encuentran los que golpean cuando discuten (1,3%), cuando ella les golpea (1,5%), o abiertamente las golpean constantemente (0,4%).

La pregunta que indaga respecto a la justificación del uso de la violencia, ¿en qué situaciones golpearía a su pareja?, si bien el 80, 8% de los encuestados señaló que en ninguna situación ejercería violencia física en contra de su pareja, mientras que por el contrario un considerable 19,2% de los encuestados admite abiertamente que golpearía a su pareja, justificando la violencia y atribuyendo la responsabilidad del acto directamente a la mujer. Es así como este porcentaje golpearían a sus parejas en las siguientes situaciones: si ella no le obedece (1,5%), si le miente (2,8%), si le es infiel (8,7%), si ella le golpea (3%), en una discusión (2,1%) o en otras situaciones (1,1%). Es importante destacar que la mayor cantidad de hombres golpearía a su pareja en caso de que ésta le fuese infiel, con un 8,7%.

Discusión y Conclusiones

Los resultados nos muestran una realidad preocupante. Si bien existen porcentajes importantes de hombres que no justifican ni validan la violencia, en algunos casos superando el 80% como en el caso de quienes aseguran que jamás golpearían a sus parejas, existen por el contrario un porcentaje importante de los encuestados que presentan creencias y estereotipos que validan y justifican la violencia de género y normalizan una relación de control sobre las mujeres, lo cual suscita el interés en este artículo (Puentes-Martínez et al., 2016). Por tanto, es evidente la relación entre masculinidad y violencia, así como coincidente con resultados de otras investigaciones (Bozkurt et al., 2015; Ortega, 2014; Ramírez-Rodríguez, 2006). Se asocia entonces, a estos hombres, elementos de un tipo de masculinidad hegemónica y su forma de entender las relaciones de pareja (Connell, 2005; Gómez, 2004). La dominación y subordinación de las mujeres, se ve garantizada a través del uso y justificación de la violencia y autoridad de diversas formas: un 19,2%, de los encuestados admite abiertamente que golpearía a sus parejas; un 23,6%, afirman que una mujer sí debería tolerar la violencia por parte de su pareja; un 3,2%, 46 hombres afirman golpear en ocasiones reiteradas a su pareja, además un 38,9% de los encuestados reconoce insultar a su pareja. La violencia en la lógica

masculina se concibe por tanto como pauta de dominar y mantener el control sobre las mujeres (Bozkurt et al., 2015; Cantera, 2007). Cuando se está en ausencia de poder se exacerban las inseguridades masculinas: si la masculinidad es cuestión de poder y control, no ser poderoso significa por tanto no ser hombre (Korobov, 2010). Así, la violencia se vuelve el medio para probar lo contrario ante uno mismo y los demás (Kaufman, 2008). Siguiendo esta lógica, la justificación de la violencia en este estudio se manifiesta en motivos como que el hombre es el que manda, por sus hijos y familia, porque es parte de las relaciones de parejas, por el solo hecho de ser hombre, asumiendo un rol tradicional en los géneros (Bourdieu, 2010).

Si bien en los resultados no son todos los hombres quienes justifican la violencia, existen en los hombres elementos que hacen verificar la existencia de elementos propios de la masculinidad hegemónica o tradicional (Connell, 2005, Gómez, 2004, Flecha et al., 2013). Así mismos, los hombres utilizan distintas formas o maniobras de control y justificación producto de la socialización que les hace sentirse superiores a las mujeres. Estas maniobras (Salinas y Arancibia, 2006, Connell, 2005) sirven no solo para instalarse en una situación favorable de poder, sino que buscan la reafirmación de la identidad masculina (hegemónica), basada en la necesidad de control y superioridad, satisfacer los deseos de dominio y ser objeto exclusivo de atención de la mujer que se constituyen como nuevas formas de machismo en la actual sociedad de la información (Salinas y Arancibia, 2006).

Encontramos en el análisis, múltiples opiniones asociadas a estas nuevas formas de machismo; un 35,7% de los hombres, condicionan de una u otra forma las salidas de sus parejas con amigos o amigas: solo con mujeres, deben pedir permiso, o no pueden salir porque no se ve bien en su condición de mujeres, y descuidarían el hogar. Se conjuga la creencia de que lo doméstico es femenino y lo público masculino, y se impone a las mujeres hacerse cargo de algo común el hogar y las personas que en ella habitan (Salinas y Arancibia, 2006; Bourdieu, 2010; Tjeder, 2010). Lo grave es que esta distribución de espacios se esconde tras los avances en democracia y libertades que todos los sujetos han experimentado desde el nacimiento de la modernidad (Schmal y Camps, 2008).

Otro de los aspectos que interesa mencionar guarda relación con el control ejercido en la sexualidad. Un 34,4% de los encuestados señalan que la sexualidad libre de una mujer se asocia a una escasa o nula valoración

como persona. En los sistemas patriarcales lo erótico está firmemente ligado a la reproducción y en el caso de las mujeres, supeditado a ésta de tal manera que al subvertir esta relación, la experiencia de la culpa, el pecado o el mal es inevitable. Se asocia lo negativo o pernicioso del cuerpo femenino, este puede provocar en otro placer, deseo, pasión (García, 2009).

La naturalización de los celos en las relaciones de pareja es otra de las manifestaciones de control y poder masculino, el 60,1% de la distribución los aprueba dentro de una relación. Los estereotipos asociados a los femenino “ser para otros” se refleja en estas manifestaciones de masculinidad hegemónica, un 68,4% de los encuestados afirma que debe estar en conocimiento absoluto de lo que hace su pareja en todo momento, y dentro de este porcentaje (12,1%) solo por el hecho de ser hombres.

En síntesis, este estudio nos muestra percepciones, estereotipos y creencias, elementos asociados a masculinidades hegemónicas, en las comunas de Puerto Saavedra, Chol-chol y Lumaco coincidentes con resultados de otras investigaciones realizadas en Chile (Barrientos et al., 2009; Salinas, Barrientos y Rojas, 2012; Silva y Espinoza-Tapia 2014; Valdez y Olavarría, 1998; Olavarría, 2003 y 2005). Los resultados obtenidos confirman que la masculinidad hegemónica de estos sujetos es lo que explica los a los índices de violencia de género, así como otros factores de riesgo tal y como se ha visto (Rodríguez-Borrego et al., 2012). Además, los resultados coinciden con antecedentes de estudios en los que se ha demostrado que la desigualdad de género incrementa el riesgo de las mujeres de ser víctimas de actos violentos, violencia de tipo sexual, homicidio y que concuerdan con la evidencia empírica sobre la relación entre la mayor paridad de género, en términos de ingresos económicos, y empleo y reducción del riesgo de violencia contra las mujeres y femicidios (Vives, Álvarez, Carrasco & Torrubiano, 2007).

Notas

¹ Proyecto financiado por Fondo Apoyo a la Investigación, 2015. Dirección e Investigación y Posgrado, Universidad Autónoma de Chile, sede Temuco, Chile.

² Para la construcción de las tasas brutas de violencia por cada 1000 habitantes se utilizaron estadísticas poblacionales del Instituto Nacional de Estadísticas INE y del Departamento de Estadísticas e Información de Salud DEIS perteneciente al Ministerio de Salud. El cálculo de las tasas permitió tener una visión mucho más precisa de los delitos de violencia contra las mujeres que se cometieron en la región en una proporción basada en el número

de habitantes. Esto se justifica porque la ciudad de Temuco al tener una mayor cantidad de habitantes, durante el año 2013 tiene un total de 571 denuncias por agresiones y el total regional es de 1550. El cálculo de las tasas permite que el número de denuncias no sea leído de forma bruta, sino en relación al número de habitantes.

Referencias

- Alberdi, I. (2005). *Cómo reconocer y cómo erradicar la violencia contra las mujeres. Violencia: Tolerancia Cero. Programa de prevención de la Obra Social "la Caixa"*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Anwary, A. (2015). Construction of hegemonic masculinity: Violence against wives in Bangladesh. *Women's Studies International Forum*, 50, 37-46. doi: <https://doi.org/10.1016/j.wsif.2015.02.011>
- Barrientos, J., Salinas, P., Rojas, P. & Meza, P. (2009). Minería, género y cultura. Una aproximación etnográfica de esparcimiento y diversión masculina en el norte de Chile. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4 (3), 385-408.
- Beavouir, S. (2001). *El segundo sexo. Vol. II: La experiencia vivida*. Madrid: Cátedra.
- Bourdieu, P. (2010). *La dominación masculina y otros ensayos*. Buenos Aires: Editorial La Página.
- Bozkurt, V., Tartanoglu, S., & Dawes, G. (2015). Masculinity and Violence: Sex Roles and Violence Endorsement among University Students. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 205, 254-260. doi: <https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2015.09.072>
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós y UNAM.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación Social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM.
- Cantera, L.M. (2007). *Casais e violência: Um enfoque além do gênero*. Porto Alegre: Dom Quixote.
- Connell, R. W. (1987). *Gender and power*. Sydney: Allen and Unwin.
- Connell, R. W. (2005). *Masculinities* (2nd ed.). Cambridge: Polity Press.
- De Alencar-Rodrigues, R., & Cantera, L. (2012). Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica. *Psico*, 41(1), 116-126.
- Ezzatti, G. (2009). La imagen social de la femineidad y masculinidad en la enseñanza secundaria, *Revista Educar*, 35, 95-106.

- Flecha, R.; Puigvert, L. & Ríos, O. (2013). The New Alternative Masculinities and the Overcoming of Gender Violence. *RIMCIS – International and Multidisciplinary Journal of Social Sciences*, 2, 88-113. doi: <http://dx.doi.org/10.4471/rimcis.2013.14>
- Fiscalía de Chile, (2016), Estadísticas, disponible en: <http://www.fiscaliadechile.cl/>
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- García, V. V. (2009). Masculinidad Hegemónica, violencia y consumo de alcohol en el medio universitario. *Revista Mexicana De Investigación Educativa*, 14(42), 701-719.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, J. (2004). *El amor en la sociedad del riesgo*. Barcelona: El Roure
- Instituto Nacional de Estadísticas INE (2015). Disponible en: <http://www.ine.cl>
- Kaufman, M. (1994). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En H. Brod & M. Kaufman (Ed.). *Theorizing Masculinities* (pp. 142-165). Thousand Oaks: Sage Publications.
- Kaufman, M. (2008), *Cómo se construye un Hombre, En Compilación Sobre Género y Violencia*. México: Instituto Aguascalientes de las Mujeres.
- Kimmel, M. (1996). *Manhood in America: a cultural history*. New York, Free Press
- Kimmel, M (2000). *The gendered society*. New York: Oxford University Press
- Kimmel, M. (2008). Los estudios de la masculinidad: Una introducción. En Carabí, A. & Armengol, M. (Ed.) *La masculinidad a debate* (pp.15-32). Barcelona: Icaria.
- Korobov, N. (2010). Young Men's Vulnerability in Relation to Women's Resistance to Emphasized Femininity. *Men and Masculinities*, 14(1), 51-75. doi: <http://dx.doi.org/10.1177/1097184X09356904>
- Mac an Ghaill, M. (1996). What about the boys?: Schooling, class and crisis masculinity. *Sociological Review*, 44(3), 381-397. doi: [10.1111/j.1467-954X.1996.tb00429.x](http://dx.doi.org/10.1111/j.1467-954X.1996.tb00429.x)
- Mead, M. (1982). *Sexo y temperamento*. Barcelona: Paidós

- Ministerio de Desarrollo Social - Gobierno de Chile. (2013). *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional - 2013*. Retrived from <http://catalog.ihns.org/index.php/catalog/6035>
- Montesinos, S. (2010) *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Catalonia.
- Mullender, A. (2000). *La violencia doméstica: Una nueva visión de un viejo problema*. Barcelona: Paidós
- Observatorio de Ministario de Desarrollo Social. (2013). *Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional CASEN*. Recuperado de <http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/>
- Olavarría, J. (2003). ¿En qué están los varones adolescentes? Aproximaciones a estudiantes de enseñanza media, En J.Olavarría (Ed.). *Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidad en América Latina. Una mirada desde el género* (pp.15-32). Santiago. FLACSO/UNFPA.
- Olavarría, J. (2005). La masculinidad y los jóvenes adolescentes. *Reflexiones Pedagógicas*, 27(10), 65-71.
- Oliver, E., & Valls, R. (2004). *Violencia de género. Investigaciones sobre quiénes, por qué y cómo superarla*. Barcelona: El Roure.
- Ortega, T. (2014). Criminalización y concentración de la pobreza urbana en barrios segregados: Síntomas de guetización en La Pintana, Santiago de Chile. *EURE (Santiago)*, 40(120), 241-263. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612014000200012>.
- Puente-Martínez, A., Ubillos-Landa, S., Echeburúa, E., & Páez-Rovira, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de Psicología*, 32(1), 295-306. doi: <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.32.1.189161>.
- Ramírez, M. y Contreras, S. (2012). Reflexiones en torno a la masculinidad hegemónica en niños de una escuela rural de Chile. *Psicoperspectivas*, 11(1), 158-179. doi: <http://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol11-Issue1-fulltext-163>
- Ramírez-Rodríguez, J. (2006). La violencia de varones contra sus parejas heterosexuales: realidades y desafíos. Un recuento de la producción mexicana. *Salud Pública de México*, 48(2), 315-327.

- Rodríguez-Borrego, M. A., Vaquero-Abellán, M., & da Rosa, L. B. (2012). Estudio transversal sobre factores de riesgo de sufrir violencia por compañero íntimo en la mujer enfermera. *Revista Latino-Americana de Enfermagem*, 20(1), 11-18.
- Rodríguez, R. (2015). Juegos de chicos, lesiones de jóvenes, muertes de hombres: masculinidades y prevención de la violencia. *Sociológica*, 30(84), 75-115.
- Salinas Meruane, P., & Arancibia Carvajal, S. (2006). Discursos Masculinos sobre el Poder de las Mujeres en Chile: Sujetos y Subjetividades. *Última década*, 14(25), 65-90. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362006000200004>
- Salinas, P., y Barrientos, J. (2011). Los discursos de las garzonas en las salas de cerveza del norte de Chile. Género y discriminación. *Polis*, 10(29), 1-19. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682011000200019>
- Salinas, P., Barrientos, J. y Rojas, P. (2012). Discursos sobre la discriminación de género en los trabajadores mineros del norte de Chile. *Atenea*, 505 (1), 139-158. doi: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622012000100007>
- Seidler, VJ. (1994). *Unreasonable Men- Masculinity and Social Theory*. Routledge: London.
- Seidler, V. (2006). *Masculinidades. Cultural Globales y vidas íntimas*. España: Montesinos.
- Servicio Nacional para la Prevención y la Rehabilitación del Consumo de Drogas y Alcohol SENDA, (2016). *Estadísticas sobre consumo de drogas y alcohol de la serie de Estudios de Población General de SENDA*. Disponible en: www.senda.gob.cl/observatorio/estadisticas/
- Silva Segovia, J., & Espinoza-Tapia, R. (2014). Cuerpos legítimos/ Ilegítimos: Sunbetivación de las masculinidad de hombres jóvenes en el norte de Chile. *Revista Prisma Social*, (13), 173-216
- Schmal, N. & Camps, P. (2008). Repensando la relación entre la Ley la Violencia hacia las Mujeres. Una aproximación a los discursos de los/as agentes del ámbito judicial en relación a la Ley Integral de Violencia de Género en España. *Psicoperspectivas.cl*, vii, 33-58.
- Tjeder, D. (2010). Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino. En Ramírez, J & G.Uribe, (Coord.) *Masculinidades. El juego de género de los*

hombres en el que participan las mujeres (pp.59-84). Madrid: Plaza y Valdés.

Valdés, T. & Olavarría, J. (1998). Ser hombre en Santiago de Chile: A pesar de todo, un mismo modelo. En Valdés, T. & Olavarría J. (Ed.) *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp.12-24). Santiago de Chile: FLACSO/UNFPA.

Villaseñor-Farías, M. (2003). *Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes*. Salud pública de México, 45, S44-S57.

Vives, C, Álvarez, C. Carrasco, M. & Torrubiano, J. (2007). El impacto de la desigualdad de género en la violencia del compañero íntimo en España. *Gaceta Sanitaria*, 21(3), 242-246. doi: <https://doi.org/10.1157/13106808>

Juan Carlos Peña Axt es Docente e Investigador ADI, del Instituto de Estudios Sociales y Humanísticos IDESH, Universidad Autónoma de Chile

Loreto Arias Lago es Docente en la Universidad Autónoma de Chile

Felipe Sáez Ardura es doctorando en la Universidad de la Frontera y docente en la Universidad Autónoma de Chile

Contact Address: Dirección directa a Juan Carlos Peña Axt, Instituto de Estudios Sociales y Humanísticos IDESH, Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, Av. Alemania 01090, Temuco, Chile, email: juan.pena@uautonoma.cl

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Masculinities and Emotional Deficit: Linkages between Masculine Gender Pattern and Lack of Emotional Skills in Men who Mistreat Women in Intimacy

Ana Dolores Verdú Delgado¹

Carmen Mañas Viejo²

1) Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador

2) Universidad de Alicante, Spain

Date of publication: February 21st, 2017

Edition period: June 2017 - October 2017

To cite this article: Verdú Delgado, A.D., & Mañas Viejo, C. (2017). Masculinities and Emotional Deficit: Linkages between Masculine Gender Pattern and Lack of Emotional Skills in Men who Mistreat Women in Intimacy. *Masculinities and Social Change*, 6(2), 166-189. doi: 10.17583/MCS.2017.2589

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2017.2589>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Masculinities and Emotional Deficit: Linkages between Masculine Gender Pattern and Lack of Emotional Skills in Men who Mistreat Women in Intimacy

Ana Dolores Verdú Delgado

Universidad Técnica Particular de Loja

Carmen Mañas Viejo

Universidad de Alicante

Abstract

This paper explores violence against women in the context of partner relationships, through testimonies of professionals from Social Services in five towns in the province of Alicante (Spain), and also of the psychologists who participate in the coordination and implementation of two intervention programs for inmate aggressors in Valencia and Alicante (Spain). Our analysis focuses on the linkages between gender and certain emotional deficits in men who mistreat women in intimacy. Among these deficits, we have stressed: lack of sense of responsibility for one's own actions, lack of empathy, cognitive distortions related to a sexist system of values, troubled view of the world and of the relationships with others, and emotional constriction. We suggest that the non-development of basic emotional abilities by these men, while connected with their gender socialization, requires particular attention for the purpose of treatment and prevention of this type of violence. Regarding relationships with gender-based violence, other relevant issues are raised, such as instrumentalization of women and dependence.

Keywords: violence against women, patterns of masculinity, emotional skills, heterosexual couple



Masculinidades y Déficit Emocional: Relación entre el Patrón de Género Masculino y el Déficit de Competencias Emocionales en Hombres que Maltratan a Mujeres en la Intimidad

Ana Dolores Verdú Delgado

Universidad Técnica Particular de Loja

Carmen Mañas Viejo

Universidad de Alicante

Resumen

Este artículo explora la violencia contra las mujeres en el contexto de la relación de pareja a través de los testimonios de profesionales de Servicios Sociales de cinco municipios alicantinos, y también de los psicólogos y psicólogas que participan en la coordinación y ejecución de diversos programas de reeducación de maltratadores en Valencia y Alicante. El análisis se centra en la relación entre el género y ciertos déficits emocionales manifestados en los hombres que maltratan a mujeres en la intimidad. Entre ellos, hemos destacado: falta de sentido de la responsabilidad sobre sus actos, falta de empatía, distorsiones cognitivas a favor de uno mismo, visión conflictiva del mundo y de las relaciones con los demás y represión emocional. Sugerimos que el no desarrollo de capacidades emocionales básicas en estos hombres, siendo un fenómeno relacionado con la socialización de género, requiere especial atención de cara al tratamiento y prevención de este tipo de violencia. En los resultados también adquieren relevancia algunos elementos presentes en las relaciones con maltrato (como la instrumentalización de la mujer o la dependencia).

Palabras clave: violencia contra las mujeres, modelos de masculinidad, habilidades emocionales, pareja heterosexual.

In the course of history, violence against women (occurring both inside and outside the family circle) has constituted a structural instrument of domination and control over women in patriarchal societies (Alberdi, 2005, p. 17; Amorós, 1990; Bourdieu, 2005). Even today, in a context of constant transformation of gender relations and democracy, violence exerted against the female population is tightly linked to a belief system in which women are not conceived as autonomous human beings, but rather in a subordinate position with respect to men (Alberdi, 2005). For this reason, studies on violence against women from a gender perspective are centered on its structural dimension, linking gender-based violence to social inequalities that affect relationships between men and women (unequal distribution of resources, responsibilities and power) and to the symbolic dominion of masculine over feminine in all cultural spheres (politics, science, education, art, religion, etc.) (Lomas, 2004, 2016; Bourdieu, 2005; Tamayo & Salazar, 2016). Nevertheless, for some authors (Rodríguez, 2009; Garrido, 2001), the treatment of this violence must not be restricted to its cultural dimension but must take into consideration the psychological particularity that makes some men more inclined than others to exert violence against women in their intimate relationships. Recent studies relate violence to personalities showing low frustration tolerance, paranoid, antisocial and narcissistic features (Garrido, 2001; Rojas, 2005; Mañas, 2005; Amor, Echeburúa, & Loinaz, 2009) and even a lesser intellectual engagement (Marrs, 2013). These studies argue that the special complexity of gender-based violence in intimacy requires the integration of additional factors likely to have a direct effect on their expression.

Violence against women in intimacy is therefore a multidimensional phenomenon, involving the convergence of sociocultural, interpersonal and intrapsychic aspects (Heise, 1998; Pérez, Fiol, Palmer, Espinosa, & Guzmán, 2006; Cabrera, 2010; Echeburúa, Amor, Muñoz, Sarasua, & Zubizarreta, 2017), which needs to be dealt with from interdisciplinary approaches in order to acquire in-depth knowledge of the causes and conditions that produce and uphold it.

The Construction of Masculinity with Reference to Violence

Violence against women has been an instrument inherent in patriarchy and, therefore, it has been linked to a cultural model that institutionalizes discrimination against women. Nevertheless, due to its extension, variability and duration non-social sciences have paid it much attention. Within this frame, biological factors intervening in its expression have tended to be overvalued and, many times, justified in terms of human evolutionary history. As opposed to theories defending indirectly a natural origin for violence against women, there have also been abundant studies in different disciplines which regard it as an essentially cultural element. From the perspective of anthropology violence is considered a phenomenon linked to learning rather than to instinct, by virtue of the importance of the symbolic dimension in human behavior. Ashley Montagu (1985) contradicts scientific discourses advocating the immutability and universality of human violence on the basis of a concept of humanity whose particularity is the dependence on culture, and not on instinct, for survival.

Furthermore, going into manifestations of violence against women in depth, psychiatrist Luis Rojas Marcos reminds us that there are always motives acting behind an aggression, thus he denies an innate origin for human violence and stresses that cultural actions determine genetic conditions. “We should remember that people discriminate and dehumanize their fellow men and women for prejudices, they torture for hate, kill for vengeance and rape for domination, not for instinct” (Rojas, 2005, p. 91). Prejudices, hate, vengeance and domination are expressions depending on an ideological system that determine who can exert legitimate violence and who can suffer it, which behavior is appropriate and which one deserves hate and reject, which act is offensive and menacing and what conditions legitimize domination or determine that a group should be dominated.

Within the frame of theories defending a cultural explanation, scientific literature centered on batterers adopts a critical position in relation to traditional masculinity, pointing out its symbolic union with power and the display of success and superiority as a latent aspect behind the expression of violence by the male population (Miedzian, 1995; Subirats, 2007). According to Welzer-Lang (2007), the internalization of a masculine identity associated to a superior position over the feminine one, can

considerably increase the probabilities of a man exerting some type of violence against a woman in an intimate relationship.

Observing the way in which gender system sexualizes individual expressions of emotions and attitudes, a number of studies show interest in the effects that this kind of masculine socialization has on men's health (Bonino, 2000; Fragoso & Kashubeck, 2000; Migliaccio, 2014). From this approach, the most common psychopathologies in the male population, and also the high crime rates that it reaches, have a gender interpretation, since they can be related to the internalization of a rigid masculine role. As an example, Bonino provides a classification of "masculine problems" (Pm). This classification takes into account the different types of distress and pathologies whereby the internalization of the prescribed values of hegemonic masculinity have intervened (Bonino, 2000, pp. 50-58). Amongst these values, he highlights those related to desire for power and authority, self-sufficiency, emotional constriction and indifference towards others and oneself.

The way in which Pm are connected with important emotional deficits suggest a blocked personal development trajectory, coupled with a high level of suffering. Besides, inter-personal relationships under such characteristics lead to "domination behavior" which could easily turn into abuse of power and violence (Bonino, 2000, pp. 50-57). However, all these values tend to be contemplated as positive in androcentric societies, which leads us to rethink the question of violence from the gendered concept of masculinity (Loinaz, Echeburúa, & Torrubia, 2010; Millana, 2011; Ferrer & Bosch, 2016). This position allows us to conclude that damages produced by a strictly male-focused socialization process are usually either ignored or, in Luis Bonino's words, easily integrated into a "normalized human model". This, together with historical tendency to place human insanity on the female figure, tends to render masculine "abnormalities" and psychopathologies invisible:

Prevailing subjectivity is mainly governed by the idea that being male means possessing a rational, self-sufficient and defensive-controlling masculinity which is defined against and to the detriment of the other, within a masculine hierarchy and whereby the woman as subject is a lesser being, which generates a logical

dichotomy of one or the other, of all or nothing (Bonino, 2000, pp. 42-47).

The survival of this model, in which male identity is inevitably linked to domination and subordination of women, steers other studies towards the belief that present-day violence of men against women is a phenomenon resulting from a traditional masculine identity crisis, influenced by the loss of power over women. Therefore, in a context of change of gender identities, violence can be representative of a self-affirming virility which “appears to be headed at the gesture of the recuperation of lost domination, or, at times, as a purely aggressive reaction to the sense of loss of power over women” (Galende, 2001, p. 74). The prevailing model of masculinity thus represents a mechanism of repression of male subjectivity, subject both to a contradiction between the old gender significance and the new and real possibilities (Galende, 2001), and to a blocking of essential capabilities related to sound personal development (Bonino, 2000). However, these studies do not affirm that masculine violence can be explained by male pathologies. What they suggest is that emotional/psychological problems related to masculine socialization continue to be a fundamental cause of violence exerted by men, especially against women, even in a context of formal equality. In addition, this occurs in a time when patriarchal system is particularly questioned, which can be associated to a worsening of violence against women (Eisler, 2003; Aresti, 2010).

Methodology

This paper presents some of the results obtained in a research project that forms part of the doctoral thesis produced and co-directed by the authors, within the methodological framework of Social Anthropology and Gender Studies. The general aim of the thesis was to find out the way gender inequality is reflected and reproduced in heterosexual relationships for the purpose of studying the influence of the gender system in aspects like conflict and satisfaction. On the other hand, we wanted to address violence against women in heterosexual relationships by analyzing the interaction of the patriarchal values which shape gender identities and the emotional deficit derived from these values. In this paper, we present data matching this particular aim.

Violence in this context is interpreted as a strategy of domination, not as a result of a conflict; therefore, we must work with two different samples. This analysis is based on eleven semi-structured interviews with professionals who are experts in gender-based violence and affective relationships. They were, on the one hand, psychologists and social workers from Social Services in the province of Alicante, who work in assisting women who suffer violence by their partners. On the other hand, we interviewed psychologists who participate in the coordination and implementation of two intervention programs for inmate aggressors in Valencia and Alicante (Spain)¹. These programs treat violence in couple relations by attending not only the intrapsychic characteristics of the man in question, but also the aspects that permit to understand this violence in its socio-historical dimension, thus combining different levels of analysis: intrapersonal, interpersonal, situational and macrosocial². The treatment that these men receive constitutes a substitutive measure of their stay in prison for crimes for which they were found guilty and sentenced for less than two years. The therapy generally takes a cognitive-behavioral approach.

Additionally, concerning professional participation, two types of interviews were conducted: one centered on the analysis of abuse dynamics through the opinions of the abused women's therapists; and the other centered on the study of aspects of professional assessment by the counselors treating condemned men who used violence against their female partners, as well as information on the ensuing treatment.

The hypothesis on which we based to address these conversations was that, in conjunction with cultural elements, emotional dimension plays an important role in the expression of violence against women in the context of intimate partner. In other words,

the units of analysis with which interviews were designed attempted to respond to how the non-development of basic emotional capabilities may interact with a structural gender inequality, producing as a result high probabilities of abuse by the person who wields more power (real or symbolic).

Discussion on Relevant Aspects in Violence against Women in Intimacy: Conflict and Emotional Deficit

As already said, gender-based violence has historically constituted an inherent element of patriarchy, being connected to a cultural model that prescribes hierarchical relationships between sexes and legitimates certain levels of violence against women as a way to keep female subordination (Alberdi, 2005, p. 17). Power, and not love between equals, is the most prominent element in a relationship affected by gender-based violence (Moya & Expósito, 2005; Pérez, Fiol, Guzmán, Palmer, & Buades, 2008; Pérez & Fiol, 2013). This fact could be confirmed through the analysis of the origin of the conflicts described by the men and women treated by our informants. In general, situations that trigger a violent response cannot be considered as conflicts derived from the collision of interests and personalities of two different subjects, as it happens in a relationship between equals, but they occur in an attempt to secure domination (Bonino, 2003; Pérez et al., 2006; Bourdieu, 2005). “The habitual cause always has to do with the woman’s behavior, by action or omission” (Specialist 2, Social Services).

Relationships described by the experts are constructed upon a sexist ideology that normalizes the lack of recognition of the woman as an autonomous subject with the right to defend her own interests, to the extent that the mere expression of her individuality can justify an explosion of rage by the aggressor. We speak, therefore, of interactions with a high level of instrumentalization and objectification of women, reduced to an object of satisfaction of the man’s necessities. In the words of one specialist, “we would say that gender asymmetry is totally internalized; masculine and feminine roles are clearly visible in the relationships they establish, what is expected of a man and what is expected of a woman”. The instrumentalization of women may lead men to instill a clearly dysfunctional will to exercise power over women; since, on the one hand, instrumentalization reaffirms men’s intolerance by rejecting a free feminine otherness, and on the other hand, it makes them dependent upon using women for protecting their own identity. Therefore, this attitude could be perceived as an expression of the power structure that characterizes the relationship between abuser and abused here studied. The scale of violence

in this control over the woman, however, may seem invisible in many cases where physical violence is not used³.

On the other hand, other of the aspects mentioned in the conversations with experts concerning the approach of these relationships is the prevalence of a concept of love reduced to dependence. In this respect, it is remarkable that the beginning of many of the relationships referred, share rather common characteristics, generally, those of passion and romance, which to the eye of a non-expert are no indicative for a situation leading to gender-based abuse: “The beginning tends to be very romantic, very passionate, there is a lot of sex, they do not think of anything but being together” (Specialist 1, Social Services). Speed and thoughtlessness are also highlighted as general characteristics of the beginning of these relationships. In many cases, indeed, abuse starts with behavior addressed to evade reality in situations of a deeper commitment.

Besides, identification of violence in this context, as well as women’s reaction against their attackers, can be especially complex if we observe that, combined with the lack of a universal emotional culture, socialization in romantic love tends to normalize a number of stereotypes that do not facilitate a realistic knowledge about affection and relationship, but they reduce love to dependence. Especially in the imagery of femininity, the interpretation of love influenced by romantic myths can even contain an idea of women’s autonomy with negative connotations.

Additionally, the tendency to establish couple relationships of extreme dependence can appear concurrently with a loss of the woman’s emotional bonds, which is described by our informants as a man’s strategy to weaken his partner’s position: “Any relationship that in some way does not lead to his interests, he qualifies it as negative, he gets her to avoid this kind of relationships, and the external circle gets smaller and smaller” (Specialist 3, Social Services).

The abuse of women also presents very particular characteristics concerning the intensity of the emotional bond between perpetrator and victim. Oftentimes it is noted that the pathological emotional dependence experienced by women can be favored by the belief that the man will change if she molds her behavior, or by the influence of love (Garrido, 2001, pp. 156-158), which reinforces the feeling of guilt and responsibility in the woman. “Many of these women stay in the relationship waiting for

him to change, but it is them who change, because they adapt to that situation in order to survive” (Specialist 2, Social Services). Apart from this fact, experts contemplate other factors that could limit the victim’s capacity to break the relationship with her partner, such as: financial aspects, fear, frustration with the necessity of facing the failure of a love project, her own lack of relational skills, or even lack of positive references linked to feminine autonomy.

From the interviews of the psychologists in charge of the batterer intervention programs, we were also able to observe that, even if there is not a concrete profile of inmate aggressors concerning economic status, age or nationality, there is a certain homogeneity in some attitudes or personality traits, coming into line with other studies (Cabrera, 2010; Echeburúa et al., 2017). This condition admits medical treatment⁴ and the development of prevention strategies.

Lack of Sense of Responsibility for One’s own Actions

Lack of responsibility for one’s own actions in adulthood can be considered from an emotional intelligence approach a symptom of blocking of personal development (Goleman, 1996). This attitude is expressed by inmate aggressors, possibly associated with two types of phenomena: a) difficulty in establishing limits between what it is and what it is not violence, showing a high level of tolerance towards aggressive actions against women (especially on a psychological level), and b) an apparent ignorance of the effects that their behavior produces on others. Simultaneously, the tendency to intentionally ignore the negative effects of one’s own actions on the other can appear as a defense mechanism or self-justification, for the purpose of reducing or avoiding feelings of guilt (Lila, Gracia, & Herrero, 2012), even if reality must be distorted.

Let’s just say that from the moment when defense tactics are used to justify violent behavior, what is actually happening is that reality is being distorted by using the interpretation that makes you feel good. You feel good, even though it’s not really the most realistic, the fairest or the most equal interpretation, but you use it, you distort reality in order to find your own well-being (Specialist 6, Batterer Intervention Program).

At the same time, in conversations with specialists, other factors have been repeatedly stressed, such as a weak development of the capacity for self-control, low frustration tolerance and lack of knowledge of one's own emotions. It seems clear that the majority of men participating in these programs express certain emotional deficits, but also the willingness to impose a particular way of behaving (or being) on their female partners. Those who commit acts of violence in all spheres of life have less presence in these groups.

I would not dare to say that they always do it in a conscious way. I think that many of them don't become aware of the extent of their violence, and that they can even forget some incidents. Indeed, many say «I have not done anything». In many occasions they don't feel guilty. Over time, I do believe that they have consciousness that they exercise power in an asymmetrical relationship (Specialist 8, Battered Intervention Program).

In addition, the feeling of guilt has also connotations of a socio-cultural system which still assigns more responsibility to women for emotional and relationship-related aspects. In these relationships, guilt is firmly placed upon the victim's shoulders, as many of the consulted experts have observed, even up to the point where the woman blames herself for her present situation:

Sometimes she is the one who apologizes. Somehow, she feels she is in charge because the abusive man is delegating responsibility to her. If you don't do it, there will be no trouble, and besides if you apologize, we'll be fine again (Specialist 2, Social Services).

A solid belief in the man's authority, together with a rigid idea of femininity (defined by its duties and obligations), excludes almost any reconsideration of violence by the person exerting it. At the same time, the attitude oriented to the defense of one's own interests and privileges contains an implicit distortion of the other's reality, and most of the time, an evasion of his responsibilities for the care and welfare of others. On the one hand, this tendency is consistent, as already said, with gender socialization. But, on the other hand, it can be reinforced by ideologies

disseminated by mass media. For instance, when analyzing the relationship between sexist violence and mass media, Eugenia López (2010) states that media play a relevant role in the learning of sexist violence both by modelling (imitation) and by reinforcement (videogames). Lack of rejection of masculine violence by mass media, or even its idealization, can undoubtedly influence the perpetuation of a high rate of gender violence in the Spanish society, where social awareness about the problem has increased and legislation has been developed to address it (Lomas, 2005). In other words, we can think that, if violence continues to have a central role in masculine gender pattern, in some instances, certain levels of violence may be tolerated or even consciously manifested in order to reaffirm a masculine identity.

Lack of Empathy

Empathy is one of the emotional competencies whose lack is most extended amongst the men participating in intervention programs. Psychologists often relate the serious deficits of empathy of these men to the internalization of a rigid masculine role and to the fact that this lack is expressed selectively, being oriented towards women, in coherence with a gender schema in which the feminine is interpreted as an antagonistic element (Moya & Expósito, 2005). The lack of empathy, reduced empathy or selective empathy is particularly serious when shown in the intimate sphere, where elements such as support, trust or emotional connection should be firmly in place (Echeburúa & Fernández, 2009). This is why this aspect is thoroughly explored during therapy by men's counselors.

We work transversally on empathy with the victim (...) he, who's taking on the role of the girl is being insulted, humiliated, (...) they are empathizing enormously then, as they're living out the role, then we change roles and we ask them to try to work it out with a positive outcome, giving them a few guidelines (Specialist 6, Battered Intervention Program).

Nevertheless, for professionals it is difficult to associate this lack to a pathological state. Psychological studies show a tendency to differential expression of empathy on the basis of gender (Mestre, Frías, & Tur, 1997;

Retuerto, 2004), linked to cultural influence. Although women are much more predisposed to an affective response based on empathy than men, there are no significant differences between the sexes regarding the cognitive ability that makes easier for human beings to understand the other's situation (Retuerto, 2004). These results suggest that empathy deficit should be analysed with a particular emphasis on value systems and social stereotypes intervening in the construction of masculine and feminine identities. In this respect, some psychologists defend the "Model of Androgyny", according to which, every person, regardless of her/his sex, can adopt characteristics labelled as masculine or feminine. This model gives rise to the "Psychological Androgyny", which breaks correspondence between the biological and psychological elements (Barberá, 2000, p. 45).

Lack of empathy towards women also responds to a process of objectification, necessary for the effective oppression of subordinate groups (Adams, 2010, pp. 66-69). In fact, when we refer to relationships with gender-based violence, we are talking about interactions which are clearly asymmetric, structurally affected by power, and whose dynamic differs from what we consider to be a relationship between equals with conflicts derived from the collision of interests and personalities of two different subjects. In these relationships, the exercise of a woman's freedom, her individual needs or wishes are expressed in a tense climate produced by the need of control over the woman by the man.

Cognitive Distortions Related to a Sexist System of Values

A large part of the therapy aimed at male aggressors is based on the deconstruction of stereotypes, myths and false beliefs that represent woman as an exploitable and problematic subject, intellectually inferior or different. This means that the cognitive distortions that these men present tend to be closely connected to the sexist gender schema according to which they interpret and give meaning to their relationship. This logic implies, in most cases, an extremely stereotyped view of femininity that assigns to women qualities such as submission, compassion towards men and disposition to personal sacrifice in benefit of others (Pérez et al., 2006; Bonino, 2003; Garrido, 2001). Prejudices related to women's sexuality are also relevant. Most of the sexist insults by these men are sexually connoted.

They say that women now want to be above men; many of them had problems because their wives met her friends. It's about women's freedom... The fact that women work is perceived as normal, but if they go out for drinks, they are acting like bitches. Stereotypes are there (Specialist 5, Battered Intervention Program).

Given that this schema has been internalized in the men's process of socialization, we must point out the importance of working on the cultural aspect, for it constitutes a context that still produces and reproduces sexist beliefs. In fact, a great part of the assistance received by these men is based on the deconstruction of stereotypes, myths and false beliefs that define the image of women as exploitable and troubled subjects, intellectually inferior or different, to the extent that a natural experience of empathy towards them would be blocked. Again, it is necessary to pay attention to a culture that may be normalizing certain cognitive distortions of reality. Very often, the prevailing values of the collective imagery of gender and sexuality (reduction of women to sexual objects, concealment of the affective dimension in men's life, sexualization of care and power, etc.) are not accurate representations of real interactions between men and women.

Some studies point out the close connection between reification of women and normalization of violence in heterosexual relationships. According to Mercedes Bengoechea, reification of women is a cultural practice that prepares human beings on the cognitive and symbolic level to naturalize violence, since it encapsulates women as victims (Bengoechea, 2006, p. 38), as objects which can be interchanged, possessed, exhibited, used, abused or thrown away (2006, p. 30).

Troubled view of the world and of relationships with others

It is also common to detect a hostile and defensive relational norm of behavior in this group of men. Frequently, the male aggressor states that he himself feels humiliated and abused by his partner, in spite of the absence of such a fact. This phenomenon is due to the same egocentric feeling whereby he would be unable to judge an action in itself for what it is, but for how it makes him feel. Vicente Garrido also relates the abuser's tendency to victimization and to a wish to evade responsibilities and

maintain the privileged position given by power. “The male abuser usually feels that he is living in a hostile world, where he is not given the recognition that he deserves” (2001, pp. 158-159).

This attitude also reveals a rigid and warlike vision of relationships, determined by a dichotomist logic that represents one’s victory as the other’s loss. Bonino points out that masculine subjectivity is currently based on two gender ideologies: individualism, according to which a man must make his will prevail and defend his own interests; and the “demonization/elimination of the Other” (Bonino, 2000, p. 46). In consonance with this thought, traditional and historical models of masculinity are related to a “heroic aggressiveness” that authenticates the practice of violence, gives positive consideration to values such as hierarchy or superiority, and normalizes the dichotomy “I versus the Other”, “Everything versus Nothing” and “Winning versus Losing” (2000, p. 46). According to Oscar Guasch, masculinity should be regarded as an “element of social structure that facilitates social control through gender rules” (2008, p. 49). These gender rules are defined by an implicit union of masculine identity with sexism, misogyny, aggressiveness and homophobia. This aspect is consistent with a search for superiority through inferiorization of the other person. Moore and Gillete offer a different interpretation of the devaluation of difference typical of patriarchy. They assert that the true essence of sexist organization lies on fear and rejection of maturity, shown by teen-agers towards women and mature men. Therefore, patriarchy is really “puerarchy” (1993, p. 157), because it reflects an impulse of power in consonance with a child psychology (dominated by an egocentric feeling) that attacks full masculinity and social development, since it is based on child logics. From this approach, the ideological construction of masculine superiority rests upon the wish to hide the child’s true vulnerability. As other theories propose, beneath patriarchy lies a combative reaction against difference, built on the construction of symbolic and political systems of domination (Moore & Gillete, 1993; Reardon, 1985).

In order to modify this problematization of the relationship with the Other, educators resort to the transmission of abilities for conflict resolution, together with an exercise of deconstruction of a masculinity which makes self-esteem dependent on power⁵. The techniques used to

attain this, usually involve overcoming a vision of personal success which is detrimental to the other. The solution for this problem requires the negotiation and comprehension of another person's feelings and interests.

Emotional constriction

Emotional constriction is another aspect that affects male aggressors in a general way, having an influence on the process of accumulation of tension integrated in the "cycle of violence" (accumulation of tension – violent outburst – honeymoon) (Lisak, Hopper, & Song, 1996; Sanmartín, Molina, & García, 2003, p. 15) and its relation to a gender schema where emotions have feminine connotations. Studies on masculinity focus primarily on the cultural aspect, as the masculine socialization process demands boys the effort to repress feelings and emotions. We can consider that the constriction of feelings, such as vulnerability, tenderness or concern about the other, can lead to a chronic state of tension and unrest, due to the central role played by these aspects in human nature and, in particular, in the experience of love. Rodríguez Luna affirms that this reduced capacity to recognize, express and manage feelings and emotions in men is in fact a determining factor in gender-based violence cases (2009, p. 337).

They consider themselves as men, strong... Men are not supposed to cry and are supposed to dress in blue, and of course they live up to this prototype and function as such. It's difficult for them to be the man who's used to wearing jeans and his John Wayne hat, and suddenly take it off to have a good cry – it's hard for them and when they do, I suppose that they feel relieved, but as I say they're not used to it (Specialist 8, Battered Intervention Program).

The lack of emotional skills relies indeed on a masculinity integrated into a sexist model which encourages failure to face up to responsibility as far as relationships are concerned. However, the emotional constriction characteristic of these men often contains a nuance that turns it into a particularly complex aspect. It is indeed evident that emotional non-implication in men who abuse is coherent with their denial of intimacy to their partners. Thus, it creates an artificial emotional distance that can be

considered simultaneously as an act of abuse, and as a way of denying their own need and dependency on the woman (Bonino, 1995; Garrido, 2001).

Conclusion

As the present-day feminist theory points out, gender-based violence cannot be eradicated without a breakdown of the ideological structure that supports it. This structure, integrated in the traditional gender system, reinforces the idea of legitimate male authority and, at the same time, provides an image of femininity defined by its social duties and obligations, which in turn perpetuates the privilege of power of men over women.

On the other hand, although masculine violence against women has served to maintain the subordination of the feminine population throughout history, current social conditions suggest the need to raise this violence beyond its instrumentality. In a context of formal equality and a certain heterogeneity of values, we can observe that, even if the violence men exert against their female partners responds to an intent of domination, this strategy is not always successful. On numerous occasions, using force in intimacy leads to the breakup of the relationship by the woman, the reporting of the man, social rejection and loss of power.

In this paper, we have focused on some aspects that frequently appear in intimate relationships with gender-based violence, with the intention of understanding this phenomenon by the articulation of cultural and psychological elements. In the first place, we wanted to underline the way in which gender significances determine a dynamic that denies women the condition of autonomous subjects, causing a display of conflict that actually conceals an attempt to subjugate them. We have also paid attention to a possible influence of the romantic model of love that equals the couple's relationship to dependence and normalizes women's subordination by interacting with the gender system.

In the second place, we have connected masculine violence with a social structure in which the idea of masculinity is shaped through superiority, especially over women, and we have placed specific emphasis on the lack of emotional education as an aspect linked to a rigid masculine role. In this respect, we have stressed some of the aspects dealt with by the psychologists and social workers in charge of two intervention programs for

inmate aggressor. As we were able to observe in the therapies targeted to men sentenced for having exerted violence against women in intimacy, most of them have not developed in their process of socialization abilities considered basic for establishing positive relationships in their social environment. Among these deficits and traits derived from a poor emotional development, in this analysis we have detected: lack of sense of responsibility for one's own actions, lack of empathy, cognitive distortions related to a sexist system of values, a troubled view of the world and of the relationships with others, and emotional constriction.

In other words, in conjunction with cultural elements, emotional dimension plays an important role in the expression of violence against women in the context of intimate relationship. To recognize the cultural basis of this type of violence should not prevent detection of the psychological problems that affect men who exert violence. Ultimately, the non-development of basic emotional abilities by these men, while being connected with the gender system, requires particular attention for the purpose of treatment and prevention of this type of violence.

In the same vein as Vicente Garrido, we think it is worth emphasizing that violence exerted by men against women within couple relationships, far from being a mysterious phenomenon, constitutes a predictable form of violence that can be linked to a patriarchal cultural system. Consequently, it is possible to detect traits expressed by some men to a larger extent than others. Violence against women is not an isolated fact, but a process full of previous signs or events that allow us to predict its outcome (Garrido, 2001, p. 222). The fact that societies are still kept unaware of the real causes of gender violence facilitates its perpetuation, preventing women in danger from defending themselves and naturalizing in men all the sexist and dysfunctional behaviors encompassed in women abuse.

Acknowledgement

We would like to show our special gratitude to Diane Grafton and Carmen Sánchez Mañas for their great help with the translation and valuable comments.

Notes

- ¹ Specifically, we thank the participation of the professionals of the CONTEXTO Program (Intervention Program for Men Condemned for Violence against Women in the Valencia Province) and the program conducted by the Provincial Courts of Alicante. Both programs follow the criteria established by the Spanish Constitutional Law 1/2004 of 28th December on Comprehensive Protection Measures against Gender Violence. Interviews were conducted in 2010.
- ² This typology corresponds with Bronfenbrenner's *Ecological Model* (1979).
- ³ The relationships referred to by our informants are generally physically violent. However, they explain that physical violence against women within a partner relationship usually begins after a prolonged process of psychological intimidation. Psychological violence is regarded as a subtle, although not less dangerous, violence. It is aimed to the psychic destruction of the individual against whom it is exerted. Psychological harm inflicted on women acts as a warning bell of possible abuse in the health field.
- ⁴ Nevertheless, the success or failure of these strategies will not depend only on the ability of the therapists to put this into practice, but also on the specific conditions of each individual to whom they are addressed, either age, family history, the personal attitude or the level of violence already reached.
- ⁵ Ferrer and Bosch (2016) also stress the deconstruction of masculinity as an essential tool for abusers' rehabilitation.

References

- Adams, C. J. (2010). The rape of animal, the butchering of women. The sexual politics of meat (20th Anniversary Edition). In C. J. Adams (Eds.) *A feminist-vegetarian critical theory* (pp. 64-91). London y New York: Continuum.
- Alberdi, I. (2005). Cómo reconocer y cómo erradicar la violencia contra las mujeres. In I. Alberdi & L. Rojas (Eds.), *Violencia: Tolerancia cero* (pp. 10-87). Barcelona: Fundación "La Caixa".
- Amor, P. J., Echeburúa, E., & Loinaz, I. (2009). ¿Se puede establecer una clasificación tipológica de los hombres violentos contra su pareja. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 3(9), 519-539. Retrieved from http://www.aepc.es/ijchp/articulos_pdf/ijchp-336.pdf

- Amorós, C. (1990). Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales. In V. Maqueira y C. Sánchez (Comps.), *Violencia y sociedad patriarcal* (pp.1-15) Madrid: Pablo Iglesias.
- Aresti, N. (2010). *Masculinidades en tela de juicio*. Madrid: Cátedra.
- Barberá, E. (2000). Psicología i gènere. La perspectiva de género en la disciplina psicológica. In E. Bosch, V. Ferrer & T. Riera (Comps.), *Una ciencia no androcéntrica* (pp. 41-62). Palma: Universitat de les Illes Balears.
- Bengoechea, M. (2006). «Rompo tus miembros uno a uno» (Pablo Neruda). De la reificación a la destrucción en los discursos masculinos sobre la mujer. *Cuadernos de trabajo social*, 19, 25-41.
doi:[10.5209/CUTS.8406](https://doi.org/10.5209/CUTS.8406)
- Bonino, L. (1995). Los micromachismos en la vida conyugal. In J. Corsi (Ed.), *Violencia masculina en la pareja* (pp.191-208). Buenos Aires: Paidós.
- Bonino, L. (2000). Varones, género y salud mental: Reconstruyendo la «normalidad» masculina. In M. Segarra & A. Carabí, A. (Eds.), *Nuevas masculinidades* (pp. 41-64) Barcelona: Icaria.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers feministes*, 6, 7-36. Retrieved from <http://www.e-revistas.uji.es/index.php/dossiers/article/view/735/635>
- Bourdieu, P. (2005). La dominación masculina revistada. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, 67, 9-22. Retrieved from <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1307751>
- Cabrera Espinosa, M. (2010). Acercándonos al hombre que ejerce la violencia de género: clasificación y descripción de un grupo de maltratadores. *Nómadas*, 25(1), 243-265. Retrieved from <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/25/manuelcabrera.pdf>
- Echeburúa, E., Amor, P. J., Muñoz, J. M., Sarasua, B., & Zubizarreta, I. (2017). Escala de Gravedad de Síntomas del Trastorno de Estrés Postraumático según el DSM-5: versión forense (EGS-F). *Anuario de Psicología Jurídica* (2017), 1-11. DOI: [10.1016/j.apj.2017.02.005](https://doi.org/10.1016/j.apj.2017.02.005)
- Echeburúa, E., & Fernández Montalvo, J. (2009). Evaluación de un programa de tratamiento en prisión de hombres condenados por violencia grave contra la pareja. *International Journal of Clinical*

- and Health Psychology*, 1, 5-20. Retrieved from http://www.aepc.es/ijchp/articulos_pdf/ijchp-306.pdf
- Eisler, R. (2003). *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.
- Ferrer, V. A., & Bosch, E. (2016). Las masculinidades y los programas de intervención para maltratadores en casos de violencia de género en España.. *Masculinities and Social Change*, 5(1),28-51. DOI: [10.17583/MCS.2016.1827](https://doi.org/10.17583/MCS.2016.1827)
- Fragoso, J. M., & Kashubeck, S. (2000). Machismo, gender role conflict, and mental health in Mexican American men. *Psychology of Men & Masculinity*, 1(2), 87-97. DOI: [10.1037/1524-9220.1.2.87](https://doi.org/10.1037/1524-9220.1.2.87)
- Galende, E. (2001). *Sexo y amor. Anhelos e incertidumbres de la intimidad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Garrido, V. (2001). *Amores que matan. Acoso y violencia contra las mujeres*. Valencia: Algar.
- Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires Javier: Vergara.
- Guasch, O. (2008). Género, masculinidad y edad. In A. Téllez & J. Martínez (Coords.), *Investigaciones antropológicas sobre género: de miradas y enfoques* (pp. 43-54). Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Heise, L. (1998). Violence Against Women: An Integrated Ecological Framework. *Violence Against Women*, 4(3), 262-290. DOI: [10.1177/1077801298004003002](https://doi.org/10.1177/1077801298004003002)
- Lisak, D., Hopper, J., & Song, P. (1996). Factors in the cycle of violence: Gender rigidity and emotional constriction. *Journal of Traumatic Stress*, 9(4), 721-743. DOI: [10.1007/BF02104099](https://doi.org/10.1007/BF02104099)
- Lila, M., Gracia, E., & Herrero, J. (2012). Asunción de responsabilidad en hombres maltratadores: influencia de la autoestima, la personalidad narcisista y la personalidad antisocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(2), 99-108. Retrieved from http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0120-05342012000200009&script=sci_abstract&tlng=es
- Loinaz, I., Echeburúa, E., & Torrubia, R. (2010). Tipología de agresores contra la pareja en prisión. *Psicothema*, 22(1), 106-111. Retrieved from <http://www.psicothema.com/pdf/3703.pdf>

- Lomas, C. (2004). *Los chicos también lloran: identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Lomas, C. (2005). ¿El otoño del patriarcado? El aprendizaje de la masculinidad y de la feminidad en la cultura de masas y la igualdad entre hombres y mujeres. *Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 259-278. DOI: [10.5209/CUTS.8442](https://doi.org/10.5209/CUTS.8442)
- Lomas, C. (2016). Lo lingüístico es político. *Cuadernos de pedagogía*, 465, 56-61. Retrieved from <http://www.cuadernosdepedagogia.com/Content/Inicio.aspx>
- López, E. (2010). Sexismo, violencia y juegos electrónicos. In A. de la Concha (Coord.), *El sustrato cultural de la violencia de género. Literatura, arte, cine y videojuegos* (pp. 277-320). Madrid: Síntesis.
- Mañas, C. (2005). El maltrato hacia la mujer: interiorización de la desigualdad. In C. Mañas & N. Montesinos (Eds.), *Maltrato hacia las mujeres: implicaciones de la desigualdad* (pp. 45-68). Centro de Estudios sobre la Mujer, Universidad de Alicante.
- Marrs, H. (2013). Conformity to Masculine Norms and Intellectual Engagement. *Masculinities & Social Change*, 2(3), 226-244. DOI: [10.4471/mcs.2013.33](https://doi.org/10.4471/mcs.2013.33)
- Mestre, V., Frías, M. D., & Tur, A. M. (1997). Variables personales y empatía. In V. Mestre & E. Pérez-Delgado (Eds.), *Cognición y afecto en el desarrollo moral. Evaluación y programas de intervención* (pp. 163-193). Valencia: Promolibro.
- Miedzian, M. (1995). *Chicos son, hombres serán. Cómo romper los lazos entre masculinidad y violencia*. Madrid: Horas y HORAS.
- Migliaccio, T. (2014). Typologies of men's friendships: constructing masculinity through them. *Masculinities & Social Change*, 3(2), 119-147. DOI: [10.4471/mcs.2014.47](https://doi.org/10.4471/mcs.2014.47)
- Millana, L. (2011). Intervention Programs for Spanish Inmate Aggressors Convicted of Domestic Violence, *The Open Criminology Journal*, 4, 91-101. DOI: [10.2174/1874917801104010091](https://doi.org/10.2174/1874917801104010091)
- Montagu, A. (1985). *La naturaleza de la agresividad humana*. Madrid: Alianza.
- Moore, R., & Gillete, D. (1993). *La nueva masculinidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

- Moya, M., & Expósito, F. (2005). Violencia de género. In F. Expósito & M. Moya (Coords.), *Aplicando la psicología social* (pp. 201-228). Madrid: Ediciones Pirámide.
- Pérez, V. A. F., Fiol, E. B., Palmer, M. C. R., Espinosa, G. T., & Guzmán, C. N. (2006). La violencia contra las mujeres en la pareja: creencias y actitudes en estudiantes universitarios/as. *Psicothema*, 18(3), 359-366. Retrieved from <http://www.unioviedo.net/reunido/index.php/PST/article/download/8442/8306>
- Pérez, V. A. F., Fiol, E. B., Guzmán, C. N., Palmer, M. C. R., & Buades, E. G. (2008). El concepto de amor en España. *Psicothema*, 20(4), 589-595. Retrieved from <http://www.unioviedo.net/reunido/index.php/PST/article/download/8702/8566>
- Pérez, V. F., & Fiol, E. B. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa. *Profesorado, Revista de Currículum y Formación del Profesorado*, 17(1), 105-122. Retrieved from <http://www.ugr.es/~recfpro/rev171ART7.pdf>
- Reardon, B. A. (1996). *Sexism and the World System*. New York: Syracuse University Press.
- Retuerto, A. (2004). Diferencias en empatía en función de las variables género y edad. *Apuntes de Psicología*, 22(3), 323-339. Retrieved from http://copao.cop.es/files/contenidos/VOL22_3_3.pdf
- Rodríguez Luna, R. (2009). La responsabilidad masculina por la violencia contra la (ex) pareja. In G. Creazzo & L. Bianchi (Eds.), *El desarrollo de estrategias de trabajo con hombres que usan la violencia contra las mujeres en sus relaciones íntimas* (pp. 328-350). Barcelona: ITD. Programa Daphne II.
- Rojas, L. (2005). Semillas y antídotos de la violencia en la intimidad. In I. Alberdi & L. Rojas, *Violencia: Tolerancia cero* (pp. 90-125). Barcelona: Fundación “La Caixa”.
- Tamayo, J. J., & Salazar, O. (2016). La superación feminista de las masculinidades sagradas. *Atlánticas*, (1), 213-239. DOI: [10.17979/arief.2016.1.1.1396](https://doi.org/10.17979/arief.2016.1.1.1396)

- Sanmartín, J., Molina, A., & García, Y. (Eds.) (2003). *Informe Internacional 2003. Violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. Estadísticas y legislación*. Valencia: Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia.
- Subirats, M. (2007). Ser hombre. In M. Castells & M. Subirats, *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?* (pp. 49-135). Madrid: Alianza Editorial.
- Welzer-Lang, D. (2007). *La violencia doméstica a través de 60 preguntas y 59 respuestas*. Madrid: Alianza Editorial.

Ana Dolores Verdú is fulltime profesor and researcher at the Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador.

Carmen Mañas Viejo is associate professor at the Universidad de Alicante, Spain

Contact Address: Direct correspondence to Carmen Mañas Viejo, Departamento de Psicología Evolutiva y Didáctica. Carretera de San Vicente del Raspeig s/n 03690 San Vicente del Raspeig, Alicante (Spain), email: carmen.mavi@ua.es

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Some Men. Feminist Allies and the Movement to End Violence against Women

Tinka Schubert¹

1) Rovira i Virgili University, Spain

Date of publication: June 21th, 2017

Edition period: June 2017-October 2017

To cite this article: Schubert, T. (2017). Some Men. Feminist Allies and the Movement to End Violence against Women. [Review of the book]. *Masculinities and Social Change*, 6(2), 190-192. doi: 10.17583/MCS.2017.2787

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2017.2787>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

Reviews (I)

Messner, M. A., Greenberg, M.A., & Peretz, T. (2015). *Some Men. Feminist Allies and the Movement to End Violence against Women*. New York: Oxford University Press. ISBN: 978-0199338771

Men and Masculinity Studies are increasingly becoming a stronger research field in social sciences and simultaneously influence society. In this context, Messner, Greenberg and Peretz make a timely and important contribution to understanding the role of men in ending violence against women (VAW). It is definitely a crucial reading in men's studies, telling the evolution of the feminist movement from the perspective of some men. Starting with the stories of the first men joining the Women's Movement and the Take Back The Night marches to the current panorama of violence prevention programs and transnational Men's movements, the authors also point to the dilemmas that men experienced. In this evolution of men as allies the authors mention relevant issues of which I will only highlight some.

First of all, it is noteworthy that some men define the moment of engaging in the movement as a life changing moment, reflecting the idea that engaging in this struggle is personal and political. Several of the participants have previous experience with violence against women or against themselves as children or have suffered similar discrimination due to other social variables. Getting in touch with their mentors (feminist women and male role models) has sparked their interest and marked their life for good. Ganz (2010) states that social movements require a personal narrative explaining why one engages and believes in a movement. The authors excellently express this idea by pointing to the different life stories of the people interviewed and even the life stories of the authors themselves, providing the reader with the full sense of their endeavor.

Concerning the dilemmas that emerge they highlight the double function of the initial men's groups, internal and almost therapeutic and external for intervention and prevention. The participation of men in a women's movement is done very cautiously in order not to take over leadership or the movement itself, yet some women expect greater participation of men in ending VAW. Dworkin made a harsh criticism at one of the Men's conferences to encourage them to take action in preventing men from hurting.

Hence, men expand their engagement, but always with the idea of being accountable to women – another crucial aspect present in the book. Every action that should be taken is discussed with women to get their approval. Yet, in times of sex wars and a fragmentation of the women's movement this aspect turns in to the question of accountable to which women? While some men's groups managed to overcome this dilemma by addressing common issues to all women's groups such as domestic violence, which started to receive state funding, others did not but continued their contribution in different ways.

Prevention programs emerge, more funding is invested into addressing VAW and the initial social movement thus becomes institutionalized in NGOs or state funded women's centers etc. This implies on the one hand much more resources, and on the other hand, that the initial spirit and feminist claims are more and more diluted. Compromises need to be done in terms of why people engage in this issue, and a healthy balance needs to be found on whether it is to make a living or to end VAW.

Finally, it is important to mention that men's participation in this movement has been fundamental and has also promoted the development of prevention programs such as the bystander intervention to address men not only as potential perpetrators of violence but to engage them as potential bystanders who prevent this from happening appealing to the 'good man'. Though this is the most promising prevention approach, the authors conclude that it is still not clear to what extent these programs actually contribute to ending VAW. In this regard, I would like to point to a crucial element that is still underexplored: being a 'good man' is not sufficiently valued in society. Following the line of preventive socialization initiated by Gomez (2015), men (and women) want to be liked and loved. As long as men are socially successful with violent behavior, many young boys and

192 Schubert – Some Men. Feminist Allies

men will continue to opt for this behavior. We need to emphasize the attractiveness of these Some Men who are brave enough to take a stand against violent males and in favor of victims of this violence. Taking Joe Biden as an example, who though not directly involved in the Feminist movement, he has used his power to tackle white male privilege to improve legislation. As a feminist in the field I can only congratulate some men, the authors and editors for their excellent work.

References

- Ganz, M. (2010). *Leading Change. Leadership, Organization, and Social Movements*. In N.Nohria & Khurana, R. (Eds.). *Handbook of Leadership Theory and Practice: A Harvard Business School Centennial Colloquium*, (pp. 509-550). Boston: Harvard Business.
- Gomez, J. (2015). *Radical Love. A Revolution for the 21st Century*. New York: Peter Lang.

Tinka Schubert, Rovira i Virgili University
tinkatabea.schubert@urv.cat

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Critical Perspectives on Masculinities and Relationalities

Jorge Manuel Dueñas Rada¹

1) Universitat Rovira i Virgili, Spain

Date of publication: June 21th, 2017

Edition period: June 2017-October 2017

To cite this article: Dueñas Rada, J.M. (2017). Critical Perspectives on Masculinities and Relationalities: In Relation to What? [Review of the book]. *Masculinities and Social Change* 6(2), 193-195. doi: 10.17583/MCS.2017.2805

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2017.2805>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Reviews (II)

Häyrén, A., & Henriksson, H. W. (Eds.). (2016). *Critical Perspectives on Masculinities and Relationalities: In Relation to What?* Geneve: Springer. ISBN: 978-3-319-29011-9

Este libro editado por Anneli Häyrén y Helena Wahlström Henriksson, indaga desde una postura crítica feminista, los conceptos de masculinidad o masculinidades, enfatizando en las relacionalidades que producen o mantienen conceptos hegemónicos sobre ser hombre y su influencia en los sistemas de poder de género. Según las editoras, para abordar los diferentes conceptos en las investigaciones de género es necesario un amplio abordaje teórico desde diferentes campos de investigación. Es por ello, que la obra presenta diferentes capítulos con una amplia diversidad y amplitud teórica de gran utilidad sobre el tema. El libro deja de manifiesto la complejidad que presentan los conceptos. Uno de los mayores aportes del libro es intentar dar respuesta a cómo se da la dirección de las relacionalidades en la producción, construcción y mantenimiento de la masculinidad dentro de los sistemas y contextos de poder de género.

El primer capítulo titulado “Exploring the Relationality of Fatherhood: John Irving’s *The Cider House Rules*” por Helena Wahlström, se centra en la relacionalidad de la paternidad por medio de la obra literaria de John Irving. Específicamente, en la novela *The Cider House Rules*, la cual es esencialmente relevante para analizar las diferentes representaciones que ofrece de los hombres como padres. La autora presenta diferentes análisis críticos sobre como la literaria ha representado la paternidad desde una crianza de género, lo cual ha denotado en representaciones literarias ficticias de la masculinidad, vinculadas a las identidades y prácticas de personajes “masculinos” tradicionales. El ensayo ofrece una interesante crítica por

medio de la novela y sus diferentes personajes a las representaciones tradicionales de padres ausentes, a la vez que ofrece un abordaje de cambio hacia una perspectiva de género relacional en relación a la masculinidad.

Por su parte, el capítulo titulado “Doing (Oppressive) Gender Via Men’s Relations with Children” por Keith Pringle ofrece una crítica desde mi punto de vista, bastante acertada sobre las relacionalidades entre hombres y la niñez y la poca relevancia que tiene y ha tenido en la literatura actual. Específicamente, la autora centra su discusión en el descuido y/o abandono de los estudios de género sobre hombres y el abuso sexual infantil por parte de los estudiosos de género. La crítica es desarrollada desde diferentes planos contextuales, lo cual permite comprender la magnitud del problema. Así como las posibles explicaciones a la escasez de estos estudios. El análisis adentra al lector a una serie de cuestiones críticas que promueven un análisis profundo del tema, teniendo en cuenta que hace referencia a una realidad social en la mayoría de países. La autora concluye con diferentes preguntas de reflexión a tan interesante planteamiento, en la que resalta ¿Por qué somos adultos asustados a lo que los niños y las niñas podrían decirnos?

El tercer capítulo denominado “Making Friends: Constructions of Change, Masculine Positions, and Friendships Among Former Drug Users” por Klara Goedecke, reflexiona sobre la importancia de las amistades de los hombres y su relación con las posiciones masculinas, las cuales resultan vitales en la construcción de nuevas masculinidades no hegemónicas. El capítulo presenta un estudio basado en entrevistas con hombres suecos que recientemente han abandonado la criminalidad y el abuso de drogas y participan activamente en procesos de cambios y análisis de las amistades. Resulta interesante el abordaje por medio de entrevistas que muestran un enfoque relacional basado en las expresiones de afecto, emociones y sentimientos entre hombres, mediadas por relaciones de amistad, contrarias a las relaciones masculinas tradicionales, lo cual podría dar resultados interesantes si se aplicara a un grupo de adolescentes.

El capítulo titulado “Constructions of Masculinity: Constructions of Context – Relational Processes in Everyday Work” por Anneli Häyrén, discute las construcciones en relación a la masculinidad en el trabajo y cómo éstas derivan en las relaciones entre compañeros, centradas en las demandas contextuales y sus posibles consecuencias en el desarrollo de la igualdad de género. Las masculinidades se construyen en contextos profesionales, y la

estructura y la composición de este contexto en sí mismo puede ayudar a explicar el comportamiento y la identidad de las personas presentes y activos en el contexto, es decir, el contexto y los individuos trabajan juntos para construir masculinidad. La autora muestra cómo se producen las construcciones de masculinidad en relación al contexto, y a su vez de los individuos presentes en el contexto. Estas combinaciones contienen reglas implícitas y estereotipos que fortalece la desigualdad entre géneros y el mantenimiento de masculinidades tradicionales. Aunque se presenta desde un contexto laboral, podría ser extrapolable a diferentes ámbitos. Este tipo de análisis resulta de suma relevancia en el progreso de afianzar la igualdad entre hombres y mujeres y visualizar procesos de cambios a niveles contextuales. Por su parte, Cecilia Rodéhn presenta “¿(Re) Doing Men in Museum Exhibitions? Masculinities and the Democratization of Heritage in South Africa”. Presenta una exploración centrada en cómo la democratización del patrimonio se impuso en los museos de Sudáfrica, se centra en cómo los museos representan a hombres en exposiciones durante el proceso de democratización de Sudáfrica. Las artes en gran medida son representaciones de la sociedad, por lo cual es interesante analizarlas y darle un valor analítico. Tal como señala el capítulo, la masculinidad en muchos casos es representada en museos como hombres con un amplio desarrollo muscular, agresivo, heterosexual y dominante de otros hombres que no poseen las mismas características. Aun así, desde otras expresiones artísticas son evidentes estas representaciones sesgadas de masculinidad.

Por último, Margaretha Fahlgren, desarrolla el capítulo “Fear and Love: Masculinities and Emotions in Autobiographies by Swedish Politicians” explora cómo las masculinidades ideales se forman en las autobiografías y como los autores se relacionan con los prototipos de masculinidad tradicionales en la práctica política. Uno de los aspectos interesantes a tener en cuenta del capítulo es el abordaje de las masculinidades, la vida política y su relación con las emociones, aspectos que aparentemente guardan poca relación. Sin embargo, se echa en falta un planteamiento más globalizado o próximo a diferentes contextos políticos.

Jorge Manuel Dueñas Rada, Universitat Rovira i Virgili.
jorgemanuel.duenas@urv.cat